



***VOCES CRUZADAS DE SILOÉ, SU HISTORIA DESDE UNA
POLIFONÍA***

Jhon Edward Saa Meza

1823306

Directora: María de las Mercedes Ortiz

Trabajo para optar al título de Licenciado en Literatura

Universidad del Valle

Facultad de Humanidades

Escuela de Estudios Literarios

Santiago de Cali

2.024

Agradecimientos

A mi madre, quien con su amor y dedicación ha sido el faro que ilumina mi camino y mi mayor motivación para seguir adelante cada día.

A mis abuelos, cuya fe inquebrantable en mi potencial me ha dado la fuerza para alcanzar lo que parecía inalcanzable.

A mi padre, por enseñarme, con su ejemplo, el verdadero significado de la tenacidad y el esfuerzo constante.

A mi directora, por caminar a mi lado en este proceso, brindándome su guía y apoyo con paciencia y sabiduría.

Y a cada persona que, de una u otra manera, confió en mí, en mi trabajo y en este camino que hoy culmina en uno de los sueños que tanto anhelé.

A todos ustedes les dedico este pequeño gran logro, con gratitud y cariño eterno.

Tabla de contenido

Resumen	4
Introducción	5
Capítulo I: Análisis semiótico cultural de “Voces Cruzadas de Siloé”	10
Conclusión	25
Capítulo II: Voces cruzadas de Siloé	28
Prólogo	28
No es raro ver...	28
Árbol Genealógico de los Meza- Álvarez	32
Albores remojados en el café	33
Y llegaron los del M, arrastrados por un viento de abril	38
Siembras y malezas después del M-19	45
Siloé a la vista de las Águilas	48
Los siete eslabones de la maldición	49
Muchachos de plástico	54
Horizontes velados, reinos de hierro y cemento.	62
Las danzas fúnebres de la cadena de los siete	66
Ecos inexorables	72
El vacío de la matrona ausente	76
Hasta que nos volvamos a encontrar en el desayuno	80
De cara al peor sentimiento.	82
Confesiones de un Siloeño	86
Siloé despierta: la fuerza de la marcha	93
Reverencia a Siloé	106
Referencias	109

Resumen

Voces cruzadas de Siloé explora la transformación de un barrio históricamente marcado por la marginalidad y la violencia, hacia un espacio de resistencia cultural. Desde la perspectiva de la semiótica cultural de Yuri Lotman, el análisis presenta a Siloé como una semiosfera abierta, un texto dinámico donde las interacciones entre sus narrativas internas y externas han permitido resignificar su identidad. La crónica aborda cómo eventos históricos tales como la toma del M-19 y el estallido social de 2021 han influido en la memoria colectiva del barrio, generando explosiones culturales que impulsan el cambio. Con resistencia, la comunidad ha desafiado estigmas y ha convertido a Siloé en un epicentro de esperanza y creatividad. Este trabajo combina relatos personales, análisis cultural y teorías semióticas para demostrar que incluso en los márgenes, las fronteras simbólicas pueden ser puentes hacia nuevas textualidades y futuros posibles.

Palabras clave: Siloé, crónica, polifonía, semiótica cultural, memoria colectiva, resignificación, estallido social, arte y resistencia.

Introducción

Hablar de Siloé, de alguna manera, siempre acarrea una mezcla de aprensión y curiosidad. Basta escuchar su nombre para sentir esa atracción, un deseo de saber si realmente es como lo pintan su fama, las noticias y los comentarios que se murmuran a distancia. Y, sin embargo, esa curiosidad rara vez impulsa a alguien a subir sus lomas. El sentido común dicta que no es sensato aventurarse, pues su historial ya es suficiente advertencia. Para muchos, basta con contemplar desde abajo el “pesebrito” y su estrella en la cúspide, compadeciendo a los que cada día suben y bajan esa colina. Pero para entender realmente a Siloé, hace falta más que eso. Hace falta conocerlo desde su espíritu, desde su *sensorium*¹, y no desde su fama.

Siloé comenzó como un refugio, un lugar donde aquellos que huían de La Violencia² (aproximadamente entre 1948-1958) en el campo colombiano encontraron una ladera dispuesta a recibirlos. La historia de Colombia se entrelazó en las calles empinadas de este barrio, en cada ladrillo y cada grano de arena que los primeros habitantes cargaron para construir sus casas. Aquí llegaron, desde todas las regiones del país, huyendo de un conflicto que teñía de sangre la bandera tricolor, buscando un espacio donde empezar de nuevo. Y de esas raíces nació un barrio que creció en curvas y callejones, una pequeña réplica de la violencia nacional en la geografía de la comuna 20.

Hoy, Siloé se presenta ante el mundo como una contradicción. Desde la distancia, el barrio parece un escenario apartado, pero aquí, al pie de las colinas, huele a café y a tierra

¹ **Sensorium:** Concepto que refiere al conjunto de estructuras y procesos sensoriales a través de los cuales se percibe, organiza e interpreta el entorno. (Benjamin, 2008).

²**La Violencia** fue un periodo de conflicto armado entre liberales y conservadores en Colombia comprendida aproximadamente entre 1948-1958, originado por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, dejando cientos de miles de muertos y desplazados.

mojada, suena a risas de niños y a motores de motos que desafían cada pendiente. Las casas, amontonadas como en cascada, dibujan un paisaje tan pintoresco como desafiante. Doña Noralba, una de las primeras habitantes, recuerda cómo llegó en los años setenta sin nada más que la voluntad de convertir una loma inhóspita en un hogar. “Aquí hemos vivido todo,” diría con su voz pausada, mientras observa el paisaje como si cada casa contara una historia que solo ella conoce.

Y en ese paisaje también resuenan los ecos de los eventos recientes. En 2021, durante el paro nacional, Siloé se convirtió en un símbolo de resistencia, un epicentro de las protestas sociales que marcaron al país. Este barrio, junto con el oriente de Cali, representado por Agua Blanca, fue testigo de desmanes y masacres cuyas causas y responsables aún son un “misterio”. Estos eventos se han normalizado en la historia de Siloé, un lugar donde las tragedias suelen repetirse, incluso cuando los culpables son conocidos. Pero algo diferente surgió de las cenizas: Siloé comenzó a mutar, a convertirse en un foco de cultura, un espacio donde el arte y la creación han empezado a llenar los vacíos dejados por el estigma de violencia. Gracias al trabajo de fundaciones y al apoyo local, hoy existe un Siloé que, sin perder su historia, se proyecta hacia un futuro más luminoso.

Recopilé la historia del barrio y la entrelacé con la de mi propia familia, quienes han sido testigos de cada una de sus etapas. Desde la fundación, pasando por la toma militar del M-19, las disidencias que formaron pandillas, hasta el surgimiento de redes de microtráfico, esta crónica explora a Siloé en fragmentos, en episodios que corresponden a momentos históricos. Y en cada uno de estos momentos, he intentado desentrañar el fenómeno social y cultural que hoy resuena en sus calles. Porque este “pesebrito,” como algunos lo llaman, está configurando una nueva

identidad. En sus calles, el arte y la cultura emergen como posibles caminos para escapar del determinismo social ³que ha golpeado tanto a este lugar.

Esta crónica se sostiene sobre un marco teórico, la semiótica cultural de Yuri Lotman, que ofrece una lente para comprender cómo una cultura como la de Siloé interactúa con otras semiosferas o culturas y se transforma. Lotman (1996) sugiere que cada cultura es un sistema en constante evolución, y en Siloé esa evolución es palpable. Las calles son, literalmente, el terreno donde se escriben las nuevas historias, y hoy más que nunca, tras los eventos de 2021, el barrio exige ser escuchado.

Voces cruzadas de Siloé es un compilado de relatos, un intento de darle voz a un lugar que, más que ser un barrio, es una metáfora de la realidad social de Colombia. Y quizás, aunque suene a idealización, un espejo de lo que el país mismo puede llegar a ser. Porque Siloé no es solo su fama, ni su violencia, ni sus calles empinadas. Siloé es una constelación de voces que resisten, una promesa de que en lo más alto de la loma aún brilla una estrella.

Los albores de este trabajo se remontan al mes de abril de 2019, cuando cursaba el tercer semestre de la licenciatura en literatura. Entre las materias obligatorias de ese periodo estaba el Taller de escritura creativa que giraba en torno a explorar el género de la crónica. Al finalizar el semestre, debíamos producir una pieza propia. No pasó mucho tiempo antes de que Siloé se transformara en mi obsesión, en lo que Charles Maeron denomina “mitos personales”⁴. Así, casi

³ **Determinismo social:** plantea que las acciones y características de los individuos están condicionadas por las estructuras sociales, como normas culturales, económicas y políticas, limitando su autonomía. Para Karl Marx, este determinismo se basa en que las condiciones materiales y las relaciones de producción moldean las estructuras sociales y la conciencia humana. (Marx. y Engels, 1974).

⁴ Maeron define los **mitos personales** como estructuras simbólicas que reflejan el inconsciente del autor mediante imágenes y temas constantes, desveladas a través del análisis psicocrítico. (1962)

de inmediato, supe que mi crónica debía versar sobre el barrio. Quería que este relato se estructurara como una polifonía: las voces de mi familia entrettejidas con la historia de la comuna 20.

En un principio, pensé en entrevistar⁵ a cada miembro de la familia por separado, pero entonces llegó César, mi primo, catalizador inesperado de este propósito. Las reuniones familiares, por desgracia, se habían vuelto esporádicas; sin embargo, cada encuentro venía cargado de una nostalgia que nos envolvía y nos arrastraba, sin remedio, hacia las reminiscencias. Aproveché la ocasión: mientras compartíamos historias alrededor de la mesa, yo tomaba notas en mi cuaderno, conscientes y espontáneas, que luego transcribiría. Por supuesto, enfrenté la tarea de depurar el lenguaje por motivos de estética, pero nunca traicioné el código tácito de la crónica: jugar con el cómo, pero nunca alterar la verdad de lo que se cuenta.

Escribir el documento me tomó un mes. Finalmente, lo presenté en clase, consciente de que no era más que un borrador. Las críticas de mis compañeros, más que limar asperezas, parecieron desdibujar las líneas del reportaje (*Voces Cruzadas de Siloé*), pero así es este oficio: nunca se termina de escribir del todo. El profesor, sin embargo, vio un valor mayor. Me instó a continuar, a no relegar el trabajo a una simple asignación de aula. Su valor histórico, me dijo, tenía potencial. Desde entonces, me comprometí a refinarlo hasta donde mis capacidades lo permitieran.

El momento de decidir qué hacer con el proyecto llegó al inscribirme en la asignatura Seminario de trabajo de grado (año 2023). Propuse mi crónica como tema central, pero la

⁵ Los apartados históricos sobre Siloé previos al estallido social se abordaron en una sola sesión. Lo demás se desarrollaron posteriormente y tomó más tiempo (3 meses). Muchas de esas historias ya las conocía; simplemente aproveché la situación para recopilar los datos que necesitaba.

profesora a cargo insistió en la necesidad de actualizar la historia del barrio con los eventos ocurridos durante el estallido social. Además, debía acompañar el trabajo creativo con un análisis teórico sólido. Así, elegí la semiótica cultural de Lotman, cuya pertinencia he justificado a lo largo de esta introducción y espero reafirmar al final del documento.

En cuanto a la actualización⁶ histórica, me enfoqué en investigar lo que se ha escrito sobre el paro nacional: publicaciones, noticias y, sobre todo, mis propias experiencias. Sin embargo, lo esencial era recopilar testimonios de personas cuyas vidas estuvieran entrelazadas con la glorieta de Siloé, aquellos cuyos trabajos los mantenían en constante interacción con la comunidad. Entre los entrevistados se encuentra Cristian, el entrenador del gimnasio, quien no solo compartió relatos impactantes, sino también videos y audios de los sucesos del 3 de mayo de 2021. Esos detalles, íntimos y viscerales, forman parte del texto.

En cuanto al análisis teórico, puedo adelantar que fue el resultado de una investigación rigurosa. Primero, profundicé en los fundamentos del eje teórico de Lotman; luego, exploré cuanto material pude encontrar sobre Siloé, buscando conexiones que enriquecieran mi propia perspectiva. El resultado es un documento que aspira no solo a narrar, sino también a develar los múltiples significados culturales de un barrio que, como sus historias, está siempre en transformación.

⁶ Este proceso me llevó dos meses y se inició en junio de 2024. Posteriormente, dediqué dos semanas a depurar e integrar los nuevos testimonios recopilados. A partir de ahí, me enfoqué en el análisis teórico, que me tomó otros dos meses. Finalmente, en diciembre del mismo año, realicé una revisión exhaustiva y preparé la versión final para enviarla a mi directora.

Capítulo I: Análisis semiótico cultural de “Voces Cruzadas de Siloé”

De Siloé se habla mucho, tanto como para alimentar un mito urbano que, a fuerza de repetirse, parece real. Es un eco constante, un rumor que no se calla: el barrio de las lomas, donde el polvo y el tiempo se mezclan con una cruda estigmatización, esa sombra que no se despega. No se puede ignorar el peso de la violencia urbana ni el determinismo social que ha marcado a la comuna 20. Sin embargo, esta visión, con toda su contundencia, no deja de ser una mirada externa, imprecisa y fragmentaria, como una postal vieja que distorsiona lo que pretende retratar. Siloé no se define solo por los disparos que perforaron sus noches, sino también por los relatos que susurran sus calles y los silencios que cargan sus habitantes.

La investigadora Domínguez (2003) se aventuró en estas profundidades y documentó su experiencia en *La Playboy: la participación de hombres y mujeres en una pandilla juvenil de Siloé*, un trabajo etnográfico publicado en la revista *Sociedad y Economía* de la Universidad del Valle. En este estudio, Domínguez revela los códigos subterráneos que gobiernan una de las zonas más peligrosas del barrio, conocida como La Playboy. Allí, jóvenes atrapados por la precariedad social y económica buscan, con una desesperación casi palpable, lo que la autora llama “soluciones mágicas”. Dentro de estas pandillas, encuentran respeto en un entorno que les niega su dignidad básica y, aunque sea de manera delictiva, un medio para subsistir o escapar mediante el consumo de drogas.

El relato adquiere una profundidad inesperada cuando se examina desde un enfoque de género. Mientras que la participación masculina es el hilo conductor, la femenina resulta un hilo

suelto, insólito y revelador. Las jóvenes no se integran de manera activa a las actividades delictivas; su lugar en la pandilla es, más que nada, afectivo. Sus conexiones no pasan por el poder directo, sino por vínculos sentimentales con los integrantes masculinos. Según Domínguez (2003), el respeto y el reconocimiento que ellas buscan se negocian en la esfera de las relaciones afectivas, no en las dinámicas de dominación y criminalidad.

La etnografía de Domínguez (2003) no solo descifra los códigos visibles de esta comunidad marginal, sino que también expone las capas de sentido que definen su existencia. La pandilla, para muchos, es un refugio contra un mundo que parece haberlos olvidado. Para otros, es un escenario donde se juega el poder, la supervivencia y, en ocasiones, el amor. En esa dinámica, lo mágico se confunde con lo trágico, y Siloé emerge como un texto vivo, un caleidoscopio de contradicciones que desafía el estigma y exige ser leído desde adentro.

Siloé, tantas veces reducido a narrativas de exclusión y violencia, emerge hoy como un espacio que desafía las percepciones impuestas. Sus lomas, cargadas de historias y símbolos, se han convertido en un epicentro cultural donde las heridas del pasado encuentran expresión en el arte, y las voces de sus habitantes resuenan con una fuerza renovada. Pero esta transformación plantea preguntas inevitables: ¿es Siloé realmente como lo pintan? ¿Qué dinámicas internas y externas han permitido que reconfigure su identidad, alejándose del estigma de la marginalidad? ¿Cómo dialoga esta renovación con la historia del conflicto armado en Colombia, cuyos ecos siguen marcando zonas como esta?

Desde la semiótica cultural de Lotman (1996), Siloé puede entenderse como una

semiosfera⁷ abierta, un texto vivo en constante interacción con otras textualidades. Como afirma Lotman (1996), “La semiosfera es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis. Solo la existencia de tal universo —de la semiosfera— hace realidad el acto sígnico particular” (p. 12). Este trabajo busca analizar cómo esta apertura y pluralidad permiten al barrio actualizarse y resignificarse, al tiempo que se convierte en un símbolo de resistencia cultural. Al explorar sus narrativas, su arte y la memoria de sus habitantes, se pretende desentrañar los elementos que han llevado a Siloé a trascender sus fronteras simbólicas y convertirse en un ejemplo de resiliencia frente a las adversidades históricas y sociales.

Toda cultura, concebida como una gran textualidad, está destinada a reescribirse incesantemente, sometida a las influencias del tiempo y del contexto. En el caso de Siloé, su semiosfera es un espejo de su historia: una estructura intrincada cuyos engranajes textuales, como los de un reloj antiguo, han impulsado dinámicas marcadas por la delincuencia y la violencia. Sin embargo, esta configuración no es un destino irrevocable, sino un sistema vivo, abierto a la transformación. Desde sus inicios, Siloé se presentó como una textualidad abierta, una frontera porosa que acogía a individuos provenientes de diversas geografías y contextos. Esa apertura, más que un defecto, cimentó las bases de una pluralidad que ha sido a la vez su fortaleza y su desafío.

En este marco de apertura, Siloé recibió al M-19, un texto cultural impregnado de ideología política, que alteró profundamente la configuración interna del barrio. Este encuentro no solo modificó las dinámicas del territorio, sino que marcó su identidad con la huella del

⁷ Semiosfera: Concepto de Yuri Lotman que describe el espacio donde una cultura genera, almacena y transmite significados, delimitado por fronteras dinámicas que interactúan con otras culturas. (1996)

conflicto. Pero la misma pluralidad que permitió la irrupción de estas narrativas de lucha y resistencia es la que puede redefinir el rumbo de Siloé, convirtiéndolo en un espacio donde la cultura, más que un eco del pasado es un faro hacia el futuro.

La identidad de Siloé, como era inevitable, se configura a partir de los ecos de su historia, esos fragmentos de un país que parece no poder huir de sí mismo. En esta comuna, las lomas y callejones narran un pasado que es también el de Colombia: el éxodo de los desplazados durante el conflicto bipartidista de los años 50, el enfrentamiento con las milicias del M-19, y la emergencia de un entramado de delincuencia común, microtráfico y sicariato. Entre todos estos capítulos, los dos últimos han grabado sus huellas con mayor crudeza en las memorias de Siloé, como tatuajes colectivos que nunca se borran del todo.

El enfrentamiento entre la policía y el M-19 no es solo un episodio más; es un punto de quiebre, un sismo en la narrativa del barrio que aún reverbera en las conversaciones y silencios de sus habitantes. Este evento, más que una simple disputa armada, puso en entredicho la percepción de la ley y el orden en Siloé, desnudando su fragilidad y transfiriendo un legado inquietante. Las cicatrices que dejó, visibles e invisibles, se tradujeron en nuevas dinámicas de poder: la conformación de grupos delincuenciales, las oficinas de sicariato y las infames “barreras invisibles” que dividieron al barrio como líneas trazadas con fuego.

Donneys Bastidas y Pérez (2020), en su trabajo de grado titulado *La toma militar en Siloé: memoria colectiva e identidad política*, exploran cómo este episodio transformó no solo el territorio físico, sino también las estructuras mentales y simbólicas de sus habitantes. Según las autoras, la apatía del Estado y su incapacidad para garantizar la seguridad dentro del barrio empujaron a la comunidad hacia un refugio alternativo: las milicias del M-19. En este contexto,

los ideales políticos del grupo armado encontraron terreno fértil en el descontento popular. “La población descontenta por la apatía del orden público y la ley para ocuparse de los sucesos de seguridad al interior del barrio, se refugió en la autoridad que les ofrecían las milicias del M-19” (p. 45).

Este evento no solo marcó un giro político, sino que se incrustó también en la memoria colectiva de Siloé, como un tatuaje que la comunidad no eligió pero que porta con una mezcla de dolor y resiliencia. Las autoras destacan que quienes vivieron aquellos días aún conservan lo vívido de las escenas, como si el tiempo no hubiera diluido del todo sus contornos. “Aunque la mayoría de sus habitantes de alguna manera están relacionados con este evento, pudo cuantificarse que quienes vivieron esos momentos, sienten aún muy vívida la experiencia que este episodio dejó” (Donneys Bastidas y Pérez, 2020, p. 47).

Siloé, entonces, no es solo un lugar; es un espejo fracturado que refleja las tensiones de una nación, un texto abierto donde cada rincón, cada muro y cada susurro contienen una historia que habla de lucha, abandono y, pese a todo, esperanza.

Reconocer a Siloé como una semiosfera plural implica aceptar que sus fronteras, aunque históricamente cargadas de estigmas, permanecen abiertas al cambio. En palabras de Lotman (1996), “Las fronteras de la semiosfera no son un simple límite, sino un filtro que traduce lo externo al lenguaje interno de la cultura, permitiendo la interacción y adaptación” (p. 12). Estas fronteras, dinámicas y permeables, han sido tanto zonas de enfrentamiento como de resignificación. Lo que en otro tiempo alimentó narrativas de exclusión y peligro, hoy tiene el potencial de convertirse en un terreno fértil para nuevas textualidades de creación, cultura y esperanza.

Esta visión constituye el eje central desde el cual, aplicando los conceptos de Lotman, se analiza el devenir de la comuna 20 en *Voces cruzadas de Siloé* (Saa, 2024). Este enfoque descifra cómo las interacciones y transformaciones culturales del barrio no solo reescriben su identidad, sino que también desafían las narrativas impuestas, generando significados inéditos. Sin embargo, antes de aplicar estos conceptos, resulta esencial ofrecer un contexto teórico que dialogue con los fragmentos de la crónica, permitiendo que la teoría y la narrativa se entrelacen en un análisis enriquecedor.

La relación del hombre con la naturaleza se hunde en lo profundo del inconsciente, en esas estructuras arquetípicas que no solo construyen sentido, sino que también lo representan de manera simbólica. En el momento en que el hombre percibió las similitudes entre su cuerpo y el entorno que lo rodeaba, algo se desbloqueó: un torrente de significados que, en su inconsciente, comenzó a tomar forma. Estos signos, inicialmente rudimentarios, se complejizaron con el tiempo, adoptando la figura de relatos que buscaban calmar la inquietud humana de explicar la magnificencia del mundo, ese universo del que se hacía cada vez más consciente. Así, estos relatos no solo cumplían una función etiológica al dar respuesta a lo natural y lo sobrenatural, sino que también dieron origen al mito. El mito, entonces, no es más que un ejemplo primigenio de cómo la cultura comenzó a configurarse, siendo tanto su progenitor como su núcleo inicial.

La cultura, en este sentido, se presenta como ese mundo abstracto que surge en paralelo al físico, un reflejo del creciente deseo humano de captar el sentido de la naturaleza y de su propio ser. Es esta sensibilidad, compartida por ciertos grupos, la que da lugar a las diversas culturas que conocemos hoy: formas divergentes de interpretar el mundo, de construir significados, y al mismo tiempo, de establecer diferencias con otros grupos. Pero la cultura no solo es el producto de un despertar consciente del macrocosmos, sino que también responde a la

capacidad del hombre de poner en acción su concepción del mundo. Los relatos míticos, por ejemplo, no solo eran cultura en potencia, en su momento, encarnaban acervos religiosos, políticos y sociales que articulaban una relación más estrecha con la vida. Posteriormente, esos mismos acervos se integrarían en el complejo entramado que hoy llamamos cultura.

Este desarrollo histórico muestra que la cultura ha sido, desde sus inicios, un dispositivo de poder, el rudimento más vital para la supervivencia y el desarrollo humano. El arte es otro ejemplo de esta reproducción consciente, no solo como una creación estética, sino como un mecanismo para cultivar y expandir la conciencia naciente del hombre. Es en este cultivo donde reside una conexión etimológica que no es casual: cultura y cultivar, términos hermanados en su propósito de hacer florecer el espíritu.

Hablar de cultura inevitablemente nos lleva a confrontar aquello que no sería considerado cultura, un terreno de fricciones identitarias que se convierte en el eje de análisis desde la culturología⁸. Aquí emergen tres conceptos clave: etnocentrismo⁹, pluralismo¹⁰ y, el más relevante para este documento, relativismo cultural¹¹. Estos conceptos, lejos de ser meros términos teóricos, se convierten en herramientas para analizar las tensiones y los sistemas sígnicos que configuran la cultura. Por ello, el análisis semiótico cultural se presenta como un método idóneo para desentrañar las estructuras de sentido que subyacen en la identidad cultural.

⁸ **Culturología:** Disciplina que estudia la cultura como un sistema complejo de significados y signos, desarrollado por Yuri Lotman en el marco de la semiótica.

⁹ El sociólogo William Graham Sumner acuñó el término **etnocentrismo** en su obra *Folkways* (1906), describiéndolo como la tendencia a considerar la propia cultura como central y juzgar a otras desde esa perspectiva.

¹⁰ El **pluralismo** es una perspectiva que valora la diversidad cultural, religiosa, política o social, promoviendo la convivencia, el diálogo y la igualdad de derechos entre los grupos sin imponer la supremacía de ninguno.

¹¹ El **relativismo cultural** es la perspectiva que plantea evaluar las creencias, valores y prácticas de una cultura dentro de su propio contexto, evitando juicios desde estándares externos. Desarrollado por Franz Boas a finales del siglo XIX, este enfoque promueve la comprensión de la diversidad cultural y combate el etnocentrismo en el estudio de las culturas. (Boas, 1940).

En la actualidad, el concepto de cultura ha sido mitificado y banalizado, reduciéndolo a un mero producto de consumo o a un entretenimiento superficial. Por ello, es fundamental adoptar una perspectiva simbólica que revele su complejidad y profundidad. Solo así podremos liberarla de enfoques pedagógicos reduccionistas y devolverle su verdadero sentido: no como un adorno intelectual, sino como el motor esencial de la transformación humana.

La cultura, concebida como una vasta textualidad, está destinada a actualizarse continuamente. Es un sistema vivo que reflexiona, captura y transforma los sentidos de su realidad. Partiendo de esta premisa, Yuri Lotman establece dos cualidades esenciales para abordar la cultura desde un análisis semiótico. La primera es la frontera: para que algo sea considerado cultura, debe existir una tensión o comparación frente a otro sistema cultural. Esta polaridad define los límites de lo que se percibe como cultura y lo que no lo es. Sin embargo, Lotman aclara que aquello que podría catalogarse como "no cultura" desde la perspectiva de un sistema, en realidad es otra forma cultural que actúa como un espejo de otredad, marcando la identidad y las diferencias entre ambos.

Desde esta perspectiva, Lotman introduce la segunda cualidad de la cultura: su carácter como un sistema de significación conformado por múltiples estructuras y subestructuras. Estas subestructuras interactúan y tensionan entre sí, generando un proceso continuo de actualización y reconfiguración sígnica dentro de la cultura mayor que las engloba. En este sentido, una cultura está destinada al cambio; sus fronteras, aunque definidas, no deben ser totalmente impermeables, sino abiertas a la idea de relativismo, al intercambio y la renovación.

Lotman concibe este fenómeno en un espacio abstracto que denomina "semiosfera", un término que evoca una atmósfera simbólica donde coexisten todos los sistemas y estructuras de

significación. Es en este espacio donde la semiosis¹², el proceso de creación de sentido se torna posible. Más allá de sus límites, solo existirían otros sistemas sígnicos o culturas. Para facilitar el análisis semiótico, Lotman propone entender estos sistemas como textos. En su planteamiento, un texto no se restringe a lo literario o a lo escrito, sino que abarca todo aquello que genera significación. Este enfoque redefine a la cultura como un texto en interacción constante con otros textos, en una dinámica de construcción y reconstrucción intertextual.

El concepto de texto implica una doble codificación: una primera codificación vinculada al lenguaje original de la cultura, su plano denotativo; y una segunda codificación que abre el texto al lenguaje externo, generando una fricción que lo actualiza y lo connota. Esta interacción, según Lotman (1996), no solo es una forma de comunicación, sino también de memoria y transformación, articulada a través de procesos como el diálogo entre tradición y auditorio, entre texto y contexto, y entre el lector y su propia interpretación (p. 80).

Entender la cultura como texto permite apreciar su dimensión heterogénea y su capacidad para dialogar con otros sistemas. Cada cultura, como un texto, desempeña roles simultáneos de lector, autor y mensaje. Esta dinámica explica fenómenos como la endoculturización¹³, el *sincretismo*¹⁴ y las tensiones de poder entre culturas, donde unos textos pueden imponerse, dialogar equitativamente o fusionarse en nuevas configuraciones culturales.

En este marco, Siloé se presenta como una forma textual compleja, compuesta por subculturas que interactúan tanto internamente como con otras textualidades externas. Desde esta perspectiva, el barrio se revela como una semiosfera en constante reconfiguración, marcada por

¹² **Semiosis:** Proceso mediante el cual los signos generan y transmiten significados en un contexto cultural.

¹³ **Endoculturización:** proceso de internalización de normas, valores y prácticas de una cultura para integrarse en ella.

¹⁴ **Sincretismo:** fusión de elementos culturales distintos que da lugar a nuevas expresiones culturales.

su memoria colectiva. Su historia, particularmente la toma del M-19, funciona como una fricción intertextual que, aunque cargada de estigmas, también ha forjado ideologías, identidades y un sensorium único que merece ser analizado en profundidad. Este sensorium, como tejido de significados compartidos, no solo define la experiencia cotidiana de Siloé, sino que también lo proyecta hacia el futuro, como un espacio de resignificación y creación cultural.

El liderazgo en la comuna 20 no es una idea reciente. Según Bolaños Martínez y Bravo (2018), el barrio que alguna vez fue un mosaico fracturado, está forjando una identidad más cohesionada. En su artículo señala que el concepto de liderazgo ha evolucionado significativamente con el tiempo.

Durante los años de la toma militar del M-19, los líderes representaban ideales de justicia que, aunque operaban al margen de la ley, lograban conectar profundamente con las aspiraciones de la comunidad. Como explican Bolaños Martínez y Bravo (2018) “El líder replicaba y representaba su entorno”. (p. 67). Sin embargo, esta representación no siempre se enmarcaba en valores positivos, pues muchas veces reflejaba las dinámicas de exclusión y violencia propias del contexto.

Hoy, en contraste, los jóvenes líderes han transformado las bases de su labor. Ahora apuestan por la cultura, el arte y la educación como ejes fundamentales de cambio, rompiendo con las lógicas que perpetuaban el determinismo social y construyendo nuevos horizontes para la comunidad. Este giro hacia iniciativas creativas y educativas no solo redefine el liderazgo, sino que también abre caminos de esperanza y resiliencia colectiva.

De este impulso renovador han surgido líderes sociales, aquellos que, empujados por la educación y la cultura, se convierten en agentes de cambio. Este fenómeno ha captado la atención de entidades y fundaciones que han implementado proyectos para transformar esta narrativa. Un ejemplo clave lo ofrecen Moncada y Mejía (2004) quienes en su investigación, analizaron una propuesta aplicada a 147 habitantes del barrio, comenzando desde la primera infancia con los niños más indisciplinados de preescolar. “La creatividad es inherente al arte y, como tal, se convierte en una vía sana para resolver conflictos” (p. 42). En este contexto, los talleres artísticos demostraron que el consenso y la competencia artística podían reemplazar la violencia, enseñando desde edades tempranas que las diferencias no necesariamente deben conducir al enfrentamiento.

La desnaturalización de la violencia como herramienta para resolver conflictos fue un eje central del proyecto. Moncada y Mejía (2004) observaron que, al involucrar a padres, docentes y niños en actividades creativas, se establecieron dinámicas que no solo “limaron asperezas”, sino que ofrecieron una alternativa real a la violencia sistémica. Así, estos talleres sembraron una semilla que no solo transforma el presente, sino que promete un futuro diferente para Siloé.

Se hace evidente la férrea voluntad de Siloé por dejar atrás una historia cruda, una que de muchas maneras refleja la realidad social de Colombia. Los jóvenes, menos atados a las anécdotas negativas de antaño, como la toma del M-19, encabezan una vanguardia que busca reestructurar, resignificar y reescribir el futuro. En el año 2021, durante el estallido social, Siloé sorprendió por su participación y vehemente, distinguiéndose por su inconformismo ante la desigualdad social y la apatía estatal. Pero lo más notable fue la forma en que estos sentimientos tomaron vida a través del arte y la cultura, herramientas que no solo desahogaban la frustración

acumulada, sino que también señalaban el camino hacia una identidad renovada.

Este fenómeno, de una riqueza simbólica profunda, merece ser observado de cerca. Dentro de las dinámicas internas de Siloé, los cambios identitarios que se han producido son marcadamente semióticos. Lotman (1996), en *La semiosfera I: semiótica de la cultura y del texto*, particularmente en el capítulo *Acerca de la semiosfera* analiza cómo las culturas operan como textos delimitados por fronteras que interactúan constantemente con otras textualidades. Estas tensiones fronterizas, esta interacción intertextual, son las que determinan los comportamientos y mutaciones culturales, porque es en esa relación con la otredad donde las culturas encuentran su funcionalidad e identidad (p.10).

Por otro lado, Mosquera (2009), en su artículo *La semiótica de Lotman como teoría del conocimiento*, profundiza en las ideas expuestas por Lotman (1998), en *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Específicamente, en el capítulo *Cerebro - texto - cultura - inteligencia artificial* (p. 5), subraya la relevancia de las interacciones internas entre individuo y colectividad. Estas no solo aseguran la pervivencia de una cultura, sino que también garantizan la continuidad de su memoria colectiva.

Dicho esto, Siloé puede ser entendido como un texto con fronteras (o semiosfera) altamente porosas, siempre dispuestas a interactuar con influencias externas. Esta apertura, que en el pasado permitió la entrada de estímulos negativos que definieron gran parte de su historia —marginalidad, desigualdad y violencia—, hoy también se convierte en su mayor oportunidad. Es esa misma naturaleza la que permite que el barrio no solo sobreviva, sino que reconfigure su identidad a través de la resignificación positiva.

Desde la perspectiva de la semiótica cultural de Lotman, Siloé emerge como una

semiosfera viva: un espacio donde los sistemas culturales no solo producen, sino que almacenan y transmiten significados, como una suerte de memoria colectiva que respira con el tiempo.

Lotman (1996) subraya que: “La cultura considerada como un gran texto no sólo conducen a la adaptación de los mensajes y a la introducción de éstos en la memoria de la cultura, sino que también sirven de estímulos del autodesarrollo de la cultura, que da resultados impredecibles.” (p.69).

Este barrio, tantas veces señalado por su violencia y marginalidad, ha creado un lenguaje propio, un alfabeto de símbolos y significados que interactúan, como en un diálogo continuo, con las narrativas externas de la ciudad y del país.

Estos lenguajes se manifiestan en las prácticas cotidianas, en las historias que los habitantes susurran y gritan, en los símbolos que emergen de eventos como la toma del M-19 o las protestas del 2021. Cada esquina del barrio guarda un texto, y cada texto lleva una memoria.

Lotman (1996) habla de explosiones culturales ¹⁵ como momentos de ruptura, instantes donde lo antiguo se fractura para dar paso a configuraciones nuevas. Este fenómeno es particularmente visible en los sectores periféricos, donde, según el autor: “los procesos dinámicos encuentran menos resistencia y, por consiguiente, se desarrollan más rápidamente, generando innovaciones culturales” (p. 16). Las protestas de 2021 no fueron solo un estallido político, sino una explosión semiótica que alteró las narrativas internas de Siloé, proyectándolas hacia el exterior: “Siloé revivió con crudeza lo sucedido hace tantas décadas atrás con la toma del M-19. Solo que en esta ocasión fue la gente quien quiso alzar su voz, dejar escapar el

¹⁵ **Explosiones culturales:** Momentos de cambio radical en un sistema cultural que generan nuevas estructuras y significados, transformando lo establecido y permitiendo la evolución cultural (Lotman, 1996).

descontento ante tanta represión silenciada" (Saa, 2024, p. 105).

La magnitud de estas protestas no quedó limitada al ámbito de la resistencia política; también consolidó a Siloé como un espacio de creatividad y reinención cultural. En este acto de resistencia, el barrio dejó de ser únicamente un lugar de estigmas para transformarse en un epicentro de resiliencia, donde cada golpe se convirtió en un eco que resonaba con arte, lucha y esperanza.

Lotman (1998) sostiene que los textos culturales trascienden lo escrito; son manifestaciones simbólicas que construyen y transmiten significados. En Siloé, los murales que adornan sus paredes, las velatones que iluminan sus noches y los eventos culturales que llenaron sus calles son más que expresiones artísticas: son textos vivos. Cada trazo, cada vela encendida, cuenta una historia que desafía el olvido: "Desde entonces, Siloé se ha convertido en un foco. Todos quieren hacer turismo subiendo sus lomas, conociendo su historia y apoyando los nuevos emprendedores que han emergido a partir de esto" (Saa, 2024, p. 105).

El Museo Popular de Siloé y las actividades culturales que brotaron como flores entre el asfalto son claros ejemplos de una actualización semiótica: una reinterpretación constante de su identidad.

Uno de los proyectos más significativos que reflejan esta nueva dinámica es "Siloé Visible", una iniciativa de la fundación SIDOC documentada por Caldon, Echeverry y Pacheco (2014) en *Siloé no es como la pintan*. En su investigación, describen cómo el programa resignificó espacios estigmatizados, como parques y calles, para convertirlos en lugares de integración y expresión artística. Según los autores, estas áreas "dejaron de ser fumaderos y se transformaron en epicentros de dispersión social y sana convivencia" (p. 53). Los murales y

eventos culturales no solo embellecieron el barrio, sino que también promovieron una narrativa de talento y esperanza.

Para Lotman (1998), las fronteras en la semiótica cultural no solo delimitan el espacio físico; son también símbolos. En Siloé, esas "fronteras invisibles", que alguna vez separaron pandillas y sectores, están comenzando a diluirse. El barrio, que alguna vez fue un mosaico fracturado, está dando forma a una identidad más cohesionada: “Siloé es un gran barrio compuesto por varios 'Siloés', cada uno con su historia, sus matices, sus heridas y sus formas de sanar... Pero hoy, puedo decir con orgullo que esas divisiones están desapareciendo” (Saa, 2024, p. 105).

Siloé, como *semiosfera*, nos enseña que incluso en los márgenes puede florecer un dinamismo cultural que reescribe su narrativa. Las explosiones culturales, los textos que surgen de su gente y sus luchas, y las fronteras que abrazan más que separar, transforman un lugar señalado por su pasado en un epicentro de transformación y resistencia.

Para sintetizar el análisis semiótico de Siloé, los conceptos clave de Lotman (1998) —la semiosfera y las interacciones textuales como dispositivo de memoria— permiten comprender el impacto histórico del barrio y su transformación cultural. Siloé, con fronteras simbólicas siempre abiertas, ha sido un espacio propenso a recibir influencias externas que han dejado huellas indelebles en su identidad colectiva. Un ejemplo claro es el paso del M-19, que no solo introdujo una narrativa de resistencia política, sino que también sentó bases para dinámicas sociales complejas como las pandillas y las oficinas de sicariato. Este peso histórico se refleja en la crónica, específicamente en los capítulos: *Y llegaron los del M, arrastrados por un viento de abril* (p, 38) y *Siembras y malezas después del M-19* (p, 45), donde se evidencia cómo las

fronteras abiertas de Siloé permitieron esta interacción, marcando su memoria colectiva con un velo de marginalidad.

Sin embargo, los capítulos *De Cara al peor sentimiento* (p. 82), *Confesiones de un siloeño* (p. 86) y, *Siloé despierta: la fuerza de la marcha* (p. 93) muestran un cambio significativo. Las nuevas generaciones, alejadas del estigma impuesto por la memoria del M-19, han comenzado a interactuar con otras *semiosferas*, abriendo paso a nuevas narrativas y resignificaciones. Este proceso de actualización cultural evidencia cómo las interacciones intertextuales no solo perpetúan las estructuras existentes, sino que también permiten la evolución hacia una identidad renovada y esperanzadora para Siloé.

Conclusión

Siloé no es solo un lugar; es un testimonio viviente de la interacción constante entre pasado, presente y futuro. Sus lomas, que alguna vez fueron símbolos de exclusión y estigma, hoy se alzan como espacios de creación y resignificación, donde la memoria colectiva no solo guarda las heridas de la historia, sino que también da forma a nuevas narrativas. Desde la perspectiva de la semiótica cultural de Lotman (1996), Siloé puede entenderse como una semiosfera abierta, un texto en constante diálogo consigo mismo y con otros sistemas culturales. Esta apertura, que alguna vez permitió la entrada de dinámicas negativas como la violencia y la marginalidad, es también su mayor fortaleza: la capacidad de reconfigurarse, de encontrar nuevos significados, de narrarse desde el arte, la resistencia y la comunidad.

En palabras de Lotman (1996): "En el curso de las 'explosiones culturales', son incorporados textos que, desde el punto de vista del sistema dado, son los más lejanos e

intraducibles [...], provocando una potente explosión cultural que rompió la estática [...] y los puso en estado de dinamismo." (p.70). Las fronteras simbólicas de Siloé, que antes separaban pandillas y sectores, ahora parecen diluirse, dando paso a una identidad más cohesionada. Esto no significa la negación del pasado, sino su reinterpretación. Eventos como la toma del M-19 y el estallido social de 2021, lejos de ser simples episodios de conflicto, se han convertido en *explosiones culturales* que han moldeado su narrativa interna y proyectado su identidad al exterior. Estos eventos críticos, ilustran lo que Lotman (1998) describe: "La brusca transformación del régimen semiótico interno de la cultura que recibe un texto externo se acompaña de una explosiva aceleración del tiempo en que transcurren los procesos culturales." (p. 169). Estas experiencias no son solo cicatrices, sino también semillas que germinan en forma de murales, velatones, eventos culturales y movimientos sociales que desafían la exclusión y la desigualdad.

En el análisis de Siloé, el arte se presenta como un lenguaje poderoso, un texto cultural que resignifica las calles y las vidas de sus habitantes. Lotman (1998) sostiene que los textos culturales no se limitan a lo literario; son manifestaciones simbólicas que generan y transmiten significados. En este sentido, las prácticas artísticas y comunitarias de Siloé no son solo expresiones de belleza, sino herramientas de resistencia y transformación. Los murales que decoran sus paredes, las actividades organizadas por su gente y el interés externo que ha comenzado a surgir en su historia y cultura son ejemplos de cómo una comunidad puede reescribirse y convertirse en un modelo de resiliencia.

Siloé demuestra que la cultura no es un adorno estático, sino un dispositivo dinámico de poder y transformación. Sus habitantes, especialmente las nuevas generaciones, han tomado las riendas de este proceso, alejándose de los estigmas y construyendo una identidad que, aunque

enraizada en su memoria histórica, se proyecta hacia el futuro. Este cambio no es espontáneo ni fácil; es el resultado de interacciones textuales complejas, de tensiones entre lo interno y lo externo, de un diálogo continuo con su pasado y su entorno.

El análisis semiótico-cultural de Siloé revela una verdad fundamental: incluso los espacios más marcados por el estigma pueden transformarse en epicentros de esperanza y creación. En su capacidad de resignificación, Siloé no solo redefine su narrativa, sino que también desafía las percepciones externas, mostrando que los márgenes no son límites, sino fronteras permeables donde las historias se reescriben y las comunidades se reinventan. Este barrio, tantas veces señalado por su pasado, hoy inspira a otras comunidades a mirar más allá de sus propias fronteras simbólicas y a encontrar en la cultura un vehículo de resistencia, transformación y unidad.

Siloé no es perfecto, pero en su imperfección radica su fuerza. Es un lugar donde la memoria no es un ancla, sino un trampolín hacia un futuro distinto. Sus lomas, sus calles y sus habitantes nos enseñan que el cambio es posible cuando las fronteras, más que separar, se convierten en puentes. En cada trazo de un mural, en cada canción, en cada acto de resistencia, Siloé demuestra que la cultura no solo narra la vida: la transforma.

Capítulo II: Voces cruzadas de Siloé

Prólogo

No es raro ver...

No es raro que a mi despertar lo reciba el olor volátil, artesanal, tan familiar, del café recién colado, ese que prepara mi vieja cada mañana. Me despierto al ritmo que marcan los gallos y el ruido abrupto de la alarma del celular, como si el día me empujara a zambullirme en la vida de Siloé desde el primer segundo. Salgo al pasillo, y no es raro que el heraldo polícromo del amanecer me reciba ahí, silencioso pero imponente, bañando con su luz dorada cada rincón de la ladera. Mi casa, situada en una curva privilegiada, parece abrirse ante la majestuosa escena de las cordilleras en el horizonte; de vez en cuando veo a los vecinos asomados, fotografiando ese cuadro perfecto, tan meticulosamente coloreado por el alba, como si intuyeran que esa imagen, capturada y compartida en sus redes sociales, fuese un talismán contra el olvido.

Contemplo el café en mis manos, su aroma y su color denso, y no puedo evitar pensar en Siloé. Su oscuridad entremezclada con tonos rojizos, su sabor a veces dulce y otras amargo, como una contradicción que, lejos de resolverse, parece aferrarse a sí misma. Así es Siloé, como este café, una mezcla de matices y contrastes que arremolina vidas, esperanzas y desilusiones, un barrio que se yergue orgulloso en su lugar marginal, coronado por la gran estrella que, implacable, le recuerda al mundo que aquí hay historias. Historias que arden y resisten. Historias que al igual que este café, me despiertan cada mañana.

Siloé ¹⁶ es ladera, de eso no cabe duda. Aquí, cada camino es un desafío; no hay mejor ejemplo que las interminables “chorreras de gradas” que nos acompañan a diario, conectando nuestras vidas en una danza de ascensos y descensos. Los pasajes serpentean por el barrio, entre lomas empinadas y senderos que parecen acortarse bajo el peso de nuestros pasos. Los que se atreven a recorrerlo por primera vez tienen esa mirada de aprensión, ese respeto que viene del esfuerzo, de sentir cada escalón como una pequeña conquista. Claro, no todos caminan; algunos prefieren las “gualas”, esos carros que nos suben con potencia, o los “moto ratones”, quienes, a toda velocidad, desafían la gravedad y el vértigo para ofrecer un viaje rápido y arriesgado. Sin embargo, el verdadero reto no son las gradas, sino el temor a la fama que envuelve al barrio, esa neblina de misterio y peligro que Siloé ha cargado como una marca. Y ahora, con el Mio Cable surcando el cielo, ya no es raro ver foráneos atraídos, intentando encontrar en esa niebla de rumores algo de la belleza que nosotros sabemos que aquí se esconde.

Y luego están las casas, amontonadas en la pendiente como una cascada de ladrillo y cemento. Cada ventana iluminada es un recordatorio de que aquí también hay vida que empieza temprano, de que aquí también las ollas hierven al amanecer y el olor a desayuno se mezcla con los sonidos de la gente que baja por la loma, cada cual con su prisa, cada cual con su propio propósito. Porque la gente de Siloé no se queda quieta; aquí todos son echados pa'lante, y no es raro ver a alguien abandonar su casa al alba para buscar el sustento, la esperanza, o al menos, algo que les dé motivo para subir de nuevo al final del día.

¹⁶ Siloé, barrio de la ladera occidental de Cali, entre los cerros de Cristo Rey y Bataclán, forma parte de la Comuna 20. Sus empinadas calles y geografía accidentada han forjado un entorno urbano dinámico y una comunidad con fuerte identidad cultural. En 2021, su población era de aproximadamente 14.649 habitantes. (Cabra Hernández, 2021).

Pero claro, Siloé también tiene su lado amargo, un sabor que se pega como el poso del café. No es raro ver rostros resignados, aquellos que suben con paso lento y mirada perdida, con la certeza de que todo su empeño apenas les ha alcanzado para seguir a flote. “Uno hace lo que le toca,” dicen, una frase que a mí me sabe a resignación, como si fuese un destino inevitable, una aceptación de las cosas como son. A veces pienso que esa filosofía, que parece tan nuestra, es una cadena invisible, un peso que nos lleva a aceptar lo fácil en lugar de lo correcto, a justificar lo que no debería ser.

En cada calle de Siloé, en cada esquina, hay historias teñidas de vino tinto, un tinte que mezcla alegrías y tristezas, triunfos y caídas. No es raro ver un lunes en la madrugada a alguien tambaleándose, más ebrio de penas que de alcohol, soltando en balbuceos aquello que nunca llegará a resolverse. Y en otro rincón, la escena más amarga aún: aquellos que vagan en un delirio, atrapados en la alucinación y el abandono, como sombras desorbitadas que se pierden en el laberinto de sus propios demonios. Demonios avivados en un halo de humo, combustión del basuco, “sacol” y las “pepas”. Es triste, sí, pero es un hecho que no se puede ignorar, y aunque muchos prefieren apartar la vista, yo pienso en ellos como aquellos que el barrio ha olvidado, esos que de tanto perder, ya no buscan nada, que vagan entre la vida y la muerte. Una muerte que parece preferible a la desesperanza que los consume, alimentada por lo que consumen.

Y aun así, en medio de esta aparente desolación, Siloé es también un lugar de dulces matices, pequeños milagros cotidianos que, si uno sabe mirar, mantienen la paz y la esperanza a flote. Los niños corriendo hacia la escuela, sus risas resonando como campanas; el aroma a pintura fresca y el bullicio en diciembre, cuando todos se unen para adornar las cuadras; o esos

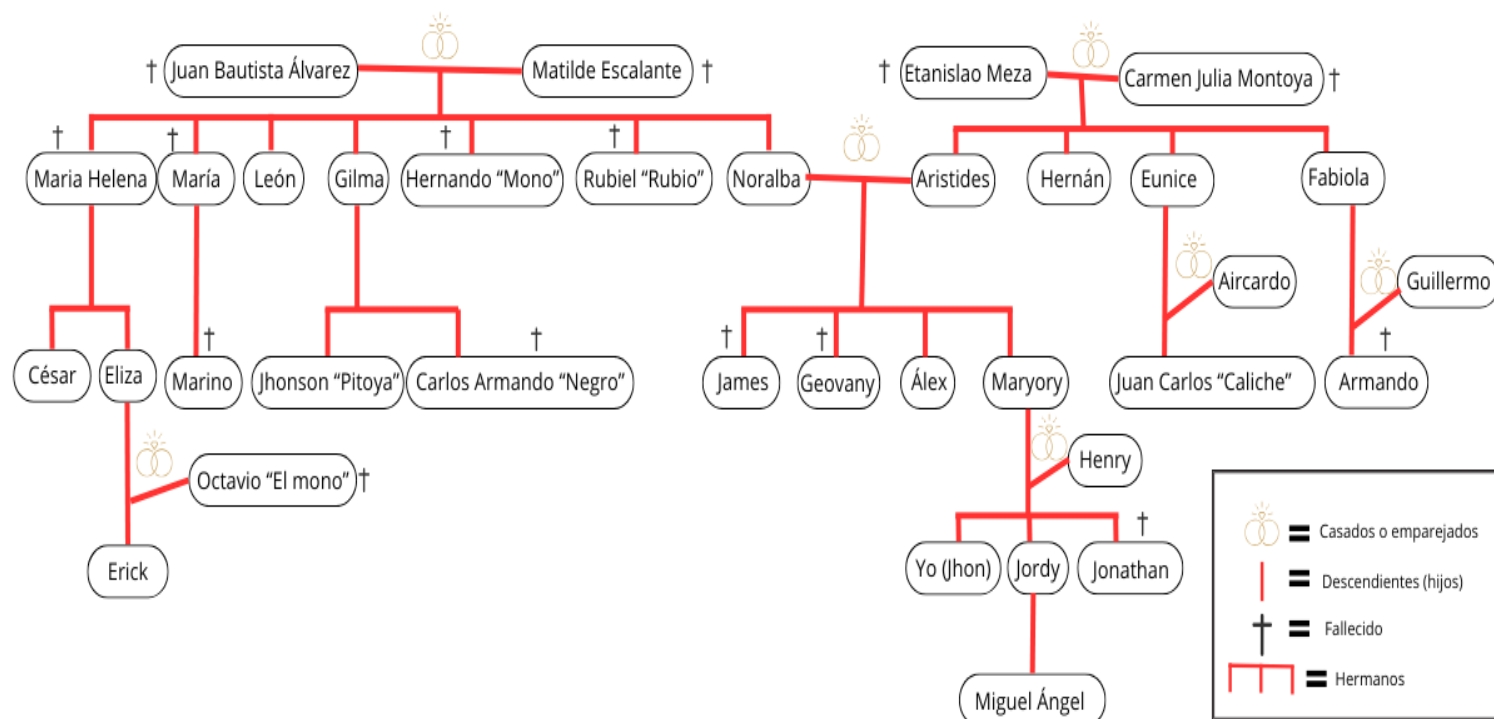
jóvenes, firmes y decididos, que a través del arte y el deporte demuestran que aquí también se puede soñar, que Siloé es mucho más que las sombras que lo rodean.

Porque Siloé es eso, una mezcla de amargura y dulzura, de lo que nos han dicho que somos y de lo que sabemos que podemos ser. Y mientras camino por sus calles cada día, no puedo evitar sentir que Siloé es también mi historia, una historia que me despierta cada mañana y me acompaña en cada paso, en cada suspiro, en cada sueño.

Árbol Genealógico de los Meza- Álvarez

Figura 1.

Árbol genealógico de la familia Meza- Álvarez



Nota: Este árbol genealógico ilustra las relaciones familiares que se entretienen a lo largo de la crónica, guiando al lector a través del hilo conductor en medio de la mención de tantos nombres. Cabe señalar que esta representación incluye únicamente a los miembros mencionados en el texto, aunque la genealogía completa abarca mucho más.

Albores remojados en el café

Era una mañana calurosa de domingo (abril del 2019), una de esas que despiertan con el aire inmóvil, como si el mundo entero, atrapado en un sopor indecible, sostuviera la respiración. Las cigarras, incansables, tejían un canto persistente, monótono, que parecía brotar directamente del suelo caliente. Mientras tanto, los rayos del sol, dorados y oblicuos se deslizaban por la ventana con la precisión de un explorador minucioso, acariciando las esquinas olvidadas de la habitación. Noralba Álvarez, mi abuela, estaba en compañía de mi abuelo Arístides Meza, quien la observaba con una sonrisa mientras ella, alegre y despreocupada, entonaba una balada de los años setenta. Había llamado a la emisora para pedir esa canción que tanto le gustaba, y ahora, con la radio en el fondo, dejaba que las palabras fluyeran en el aire:

—¿Qué haces, pequeña, al pie del manzano,

con gesto risueño y el fruto en la mano?

—Estoy tomando esta manzana azul, ¡puedes probarla, si gustas tú!

—¡No es posible, no, que tú veas azul, lo que verde veo yo!

—Señor, señor, el mundo corrí, y vi los que saben de hambre y de frío... Junto a los que tienen riqueza y poderío... ¿Cómo te extraña, señor, que vea las cosas, con otro color?

(Valen, 1973)

El aroma a café recién colado que preparaba doña Noralba era fresco y cautivador, como si de alguna manera el café fuera parte de la escena, impregnando el momento de calidez. En ese instante, irrumpió en el umbral su sobrino Milton César Álvarez, quien llegó con su jovialidad de siempre. Sintiendo la familiaridad del ambiente, saludó y se acomodó en el comedor. No pasó mucho tiempo antes de que mi abuela llamara mi nombre, así que dejé mi cuarto y bajé a recibir

a la visita. Al entrar en la cocina, César me dio un efusivo saludo, uno de esos que casi son un abrazo, al que respondí con agrado. Decidí sentarme junto a él, y mientras compartíamos la primera taza de café, la cocina se fue llenando de una atmósfera de recuerdos y nostalgias, tan densa que parecía tocarse.

De pronto, doña Eunice Meza, hermana de mi abuelo que vivía en el primer piso, apareció, y poco después mi madre, Maryory, decidió unirse también, con su propia taza de café en mano. Y así, sin decirlo, todo se dispuso para el recuerdo, para esos momentos en los que las palabras llevan el peso de los años y el aroma del pasado envuelve el presente.

—**Aristides:** Éramos diez hijos, pero a Siloé llegamos solo seis. Los otros... bueno, mis hermanos y mi mamá se murieron. Nosotros vivíamos en una finca cafetera, allá, en una veredita que llaman La Primavera, en el norte del Valle, por El Águila. Mi papá era el dueño, ¿sabe? Y cuando vivíamos allá no nos faltaba nada, ¿cierto, Nice?

—**Eunice:** Sí, nosotros nos comíamos las naranjas de los costales, esas que ya estaban listas para vender. Tirábamos las cáscaras al río, así mi papá no se daba cuenta. La verdad es que allá estábamos bien... pero nos tocó venimos para Cali, porque mi papá era liberal y en el pueblo, la mayoría eran godos. No había otra salida.

—**Aristides:** Incluso esos chusmeros nos cuidaban desde el zarzo de la casa, siempre y cuando mi papá les diera algo de comer y los dejara quedarse ahí. Mi mamá ya había muerto, pariendo a mi último hermano, Hernán. Entonces, mi papá decidió mandarnos pa acá, donde una tía. Prefería que lo mataran a él antes que a nosotros, y ya las amenazas eran cada vez peores. Pasamos un año en Siloé con esa tía, que solo nos maltrataba y humillaba, hasta que mi papá

vendió algunas cosas y vino a comprarse el lotecito de esta casa, en 2000 pesos. En ese entonces, el lote no tenía más que una ramadita de bahareque, pero ahí nos acomodamos.

Yo tenía 5 años, y todo esto por acá era una colina con dos minas de carbón y puro barranco. Cuando llovía, uno se embarraba hasta las rodillas, por eso siempre había que andar con botas. No había tantas casas, y los ranchitos que había eran de familias que venían de todas partes del país, escapando de la Violencia o buscando un chance.

Me acuerdo que había poquitas escuelas. Con Hernán íbamos a estudiar por allá, a Lleras, en la parte alta de la ladera. De los seis hermanos que llegamos, solo quedamos cuatro, porque dos murieron de enfermedades raras. Así que yo me la pasaba pegado a Hernán; éramos los únicos varones que quedábamos. Me tocaba defenderlo de los niños más grandes, y a veces le hacía las tareas que mi papá nos dejaba. Me daba pesar de que fuera tan chiquito para hacer esos trabajos. Nos tocaba coger barro y pisarlo con los pies descalzos, para hacer ladrillos de adobe y, poco a poco, ir levantando la casa. Desde niños trabajamos duro, así que ni seguimos estudiando; queríamos ayudar a mi papá, que se mataba por nosotros. Además, en esos tiempos, el estudio no era tan necesario como lo es hoy. Era mejor ponerse a ganar plata para tener algo de comer.

La droga y las pandillas siempre han estado. En esos años ya estaban los de Cuatro esquinas y los de La Mina. Pero no era como ahora. No robaban a los del barrio; cuando se enfrentaban a machete, lo hacían entre ellos y sus enemigos, sin meter a nadie más en la bronca. Aunque pensándolo bien, esos de la mina... siempre fueron ratas.

—**Eunice:** Yo recuerdo que por acá también se hacían fiestas, y de esas bien animadas. En Semana Santa, la iglesia de la Nave organizaba la procesión, y la gente salía en masa.

Feligreses con velas en mano, caminando por el barrio hasta tarde, dejando las calles llenas de pasos, murmullos, y la luz temblorosa de las velas... Era una época distinta.

—**Noralba:** ¡Sí! También de Casa e' Piedra salía un montón de gente, como en procesión, cada siete de diciembre. Tiraban pólvora loma abajo, y a eso le llamaban la alborada.

A nosotros también nos tocó muy duro. Vivíamos en Amagá, Antioquia, ¡éramos 16 hijos! Mis padres, Matilde Escalante y Juan Bautista Álvarez, tenían una finca cafetera. Al principio, nos iba bien, pero luego los ingresos ya no alcanzaban; en esos pueblos, los negocios no prosperan como en las capitales. Muchos de mis hermanos murieron por enfermedades, así que quedamos nueve. León, el mayor, viendo cómo estaba la situación, decidió venirse a Cali, porque según le dijeron, aquí había trabajo y oportunidades. Pero pasó buen tiempo sin que mi mamá recibiera noticias, así que, preocupada, vino a buscarlo, con una dirección que él le había dado en uno de esos telegramas. Al mes, León la convenció, y mi mamá regresó dispuesta a vender la casa para que pudiéramos establecernos en Cali. Le mandaron a León algo de plata para que alquilara una casa donde pudiéramos llegar, pero el descarado... ¡se la gastó! Al final, vendieron la casa y viajamos en 1964. Poco a poco, León fue dilapidando el dinero de la venta, con la excusa de invertir en negocios que nunca dieron nada. Al final, todo terminó en deudas de juego y en trago. Lo último de la plata lo remató mi papá en libertinaje y mujeres... nos quedamos sin nada.

En Siloé apenas había unas cuantas casas, no había carreteras de acceso. No seguimos estudiando, porque mis papás temían que al ir a la escuela nos robaran. En esos días, corría la historia del Monstruo de los Mangones, decían que mataba niños para sacarles la sangre y sanarse de una enfermedad. Decían que el tal Monstruo era Adolfo Aristizábal, uno de los

hombres más ricos de la ciudad. Mi papá trabajaba como obrero de construcción en el barrio Lido, que apenas lo estaban fundando. ¡Imagínense! Muchos barrios fueron levantados por la mano de obra de los habitantes de Siloé. ¡Ay! A nosotros nos tocó sufrir mucho con mi papá, aguantamos hambre porque desaparecía el sueldo; llegaba borracho y armaba peleas con todos, era terrible esa situación. Pero mi mamá sí trabajaba y daba todo lo que podía para mantenernos. Un día se cansó de los maltratos y las infidelidades y lo sacó de la casa a punta de machete. Desde entonces, a todos nos tocó fajarnos los calzones y, desde niños, empezamos a trabajar para ayudar a mi mamá. En esta familia, siempre hemos sido las mujeres las de más carácter.

Como no había alcantarillado, pusieron unas pilas de agua; la más cercana quedaba por la escuelita Luis López de Mesa. Había que hacer fila para llenar los tarros con agua y llevarla a la casa, pero casi siempre estaba seca, y por eso llamaron al sitio ‘Pila Seca’. Claro, en ese tiempo también había sus riesgos, pero no como ahora. Uno podía subir de madrugada y no pasaba nada. Nos encantaba ir a bailar al Balneario El Dorado, que ya no existe. Ganábamos muchos concursos de baile; nos fascinaba el boogaloo y la salsa vieja. De los nueve hijos que quedamos, mi hermana Berenice y yo fuimos las únicas que nos casamos. Por eso, ella se quedó en Medellín con su esposo. En cambio, Gilma, María Helena y María tuvieron varios maridos, y los muchachos, mis hermanos, eran solteros. A veces tenían novias, pero ninguna se los aguantaba por mucho tiempo.

Mi abuela detuvo su relato en seco, su mirada fija en César y una negativa rotunda en los labios. Él, con esa mezcla de audacia y generosidad que lo caracteriza, sacó de su billetera un billete arrugado de veinte mil pesos, como si acabara de decidir que ese era el momento preciso para intervenir.

—Vea, pa que compren huevos para el desayuno —dijo, extendiéndolo hacia ella con la seguridad de quien sabe que no se lo van a rechazar.

Pero mi abuela, con su carácter firme y ese cariño que siempre se mezcla con regaños, no dejó pasar la oportunidad.

—César, por eso es que nunca le alcanza la plata, ¡si usted se la anda regalando a medio mundo! —le soltó, con una mezcla de reproche y ternura, como quien habla a un hijo al que conoce demasiado bien.

César, lejos de retroceder, apretó el billete en su mano y, con una sonrisa a medio camino entre lo desafiante y lo divertido, lo deslizó en la mano de mi abuela.

—Recíbala, que yo sé cuánto puedo dar. La plata no hay que amarrarla... y menos cuando es para la familia —dijo, con un tono tan firme como ligero, como si cada palabra fuera un pequeño recordatorio de su filosofía.

Ella, aunque aún reacia, terminó aceptándolo, mientras la escena, tan común en nuestra familia, se impregnaba de esa calidez familiar que transforma incluso las discusiones en un acto de cariño.

Y llegaron los del M, arrastrados por un viento de abril

El abuelo Aristides entró a la cocina, cargando un panal de huevos y un par de bolsas que entregó con soltura a doña Noralba. Ella los recibió con alegría, y sin perder el ritmo, se puso manos a la obra, preparando el desayuno como si fuese un ritual que mantenía a todos unidos.

Mientras el aroma del café se mezclaba con el chisporroteo del aceite en la sartén, la charla siguió su curso, fluyendo como un río que no conoce pausa. Entonces, César, con esa manera suya de entrar en las conversaciones, tomó la palabra. Su voz, aunque más queda esta vez, llevaba una energía contenida, como si estuviera esperando el momento justo para desbordarse.

—**César:** En los ochenta, ellos llegaron por esos cerros cerca del Arca de Noé. Había una obra abandonada, unos apartamentos a medio hacer, y tomaron ese lugar como base. Desde ahí empezaron a bajar al barrio, pidiendo comida y otras cosas, y todo el mundo se dio cuenta: eran guerrillos del M-19¹⁷. La gente les tenía miedo, sí, pero también había algo de admiración en eso. Eran estratégicos, ¿sabe? Supieron cómo tomarse el barrio ganándose a los habitantes. No sometían a nadie, excepto a los ladrones que le hacían daño a la comunidad. Si alguno se pasaba de listo, le comunicaban a algún comandante, y en un dos por tres, pum, le daban piso. Así de claro. También robaban camiones de leche para repartirla entre la gente. Reclutaban con promesas: entrenamiento militar, drogas, poder y una causa justa. A más de uno eso le sonaba interesante, hasta cautivante.

Eran gente estudiada, intelectuales. En las tropas había universitarios, como la comandante Ángela, una chiquitica bien brava —dijo, simulando la estatura con la mano derecha—. También conocí al comandante Efranio. Llegué a ver a Gustavo Petro y a Navarro, que era el que dirigía la tropa y recibía órdenes de Pizarro. Incluso, por ahí andaba metido el

¹⁷ El **M-19** (Movimiento 19 de abril) fue un grupo guerrillero colombiano fundado en 1970 como respuesta al presunto fraude electoral en las elecciones presidenciales de ese año en las que compitieron Misael Pastrana y el expresidente Gustavo Rojas Pinilla. Inspirado en ideales nacionalistas y socialistas, se destacó por acciones simbólicas y mediáticas, como el robo de la espada de Simón Bolívar. Tras décadas de conflicto armado, el M-19 firmó un acuerdo de paz en 1990 y se transformó en un movimiento político. (Patiño, O. Grabe, V. y García-Durán, M., 2009)

papá del exalcalde Iván Ospina. Recibían apoyo de gente con plata, simpatizantes de sus ideas políticas y de la revolución.

Yo era un muchacho por entonces. Me gustaba acompañar a Pitoya —Johnson Álvarez, mi primo— a las reuniones que ellos hacían. Para ese tiempo, se habían bajado de esos edificios abandonados y habían montado su campamento en la ‘Casa de la Juventud’, esa caseta que queda cerca al polideportivo de La Estrella. Ahí era donde daban sus charlas.

Pitoya ya estaba afiliado a las filas. A veces llegaba con sus camaradas a la casa, buscando algo de comer. Nos impresionaba verlos con esos fusiles... uno no sabía si tenerles miedo o respeto.

—**Noralba:** Lo que pasa es que Gilma quedó embarazada muy joven, de un señor que tenía una tienda por La Nave. Él se llama Carlos, y aunque reconoció que Johnson era su hijo, nunca le dio el apellido. Eso sí, le ayudaba a Gilma con algo de dinero. Pero a ella le tocó hacerse cargo sola. Por eso se la pasaba trabajando y no estaba mucho con su hijo. Prácticamente fue mi mamá quien lo crio.

Johnson siempre fue rebelde, pero le gustaba trabajar. Se la pasaba cargando material de construcción o bolsas de mercado, lo que fuera con tal de ganarse algo. Pero con el tiempo se torció; cogió malos vicios, y eso complicó todo. Gilma, que era muy dura con él, nunca lo entendió del todo. Nunca se llevaron bien. Yo creo que por eso él terminó metido en el M-19. Allá, como le daban de todo —drogas, armas—, él se sentía libre, como si pudiera hacer lo que le daba la gana, sin nadie que lo reprendiera, como sí pasaba al lado de mi hermana.

César asintió, y en su rostro se dibujó esa vehemencia tan suya, la que aparecía sin

falta cada vez que tenía una historia que contar. Ya me era natural verlo así, como si las palabras no pudieran esperar más, urgentes por salir. Sin dudarlo, tomó la palabra, su tono cargado de una energía que siempre lograba captar la atención de todos.

—**César:** La gente encubría al M-19. ¿Cómo no hacerlo? Les cogieron cariño porque, en medio del caos, se sentían protegidos. Había orden, justicia, o algo que al menos lo parecía. Por eso al ejército le tomó su buen tiempo darse cuenta de que los tenían metidos aquí, dentro de la misma ciudad, como quien esconde un elefante en un cuarto pequeño y nadie se da cuenta.

Cuando el ejército se enfrentó al M-19, eso fue el acabose. Fueron como cuatro días a punta de bala. Esto se convirtió en una matazón... ¡y de las bravas! Nadie podía salir; las calles eran puro ruido de disparos y paredes agujereadas. Era como si el barrio entero estuviera en guerra, pero uno sabía que la guerra no era nuestra. Solo nos tocaba mirar desde la ventana y esperar que terminara.

—**Maryory:** Recuerdo que yo estaba en la escuela, en el recreo, cuando se desató la balacera. Mi mamá llegó corriendo, casi que sin respirar, y me sacó de allí. Ni tiempo tuvimos de recoger el maletín; lo dejamos tirado. Solo pensábamos en huir.

Cuando llegamos a la casa, nos tocó poner los colchones contra las puertas y tirarnos al suelo. Las balas atravesaban las paredes como si fueran de papel. El barrio... parecía un pueblo fantasma, con muertos por todos lados. Era como si la vida misma se hubiera escondido de tanto ruido y tanto miedo.

A los días, nos fuimos todos a refugiarnos donde mi tía Gilma, dizque para estar juntos, como si la unión pudiera protegernos. Y allá estuvimos un tiempo, esperando, contando las

horas, hasta que finalmente todo se calmó.

—**Arístides:** En una de esas, me dio por salir con Aicardo —mi cuñado— porque la balacera había parado. Decidimos caminar por La Estrella, y ahí fue que vimos a un muchacho tirado, alguien que conocíamos. Era un arriero, un hombre que había subido por su caballo, que estaba pastando en ese sitio. Pero un francotirador del ejército lo mató, y para rematar, le pusieron un fusil al lado, para hacerlo pasar por guerrillero. ¡Pobre muchacho! Era bien trabajador, no tenía nada que ver con eso.

A nosotros casi nos matan también, porque justo cuando estábamos ahí, la plomiza volvió a empezar. Uno no podía ni asomarse por las ventanas en esos días.

Me acuerdo de otro muchacho. Lo mataron nada más por correr las cortinas. Ni se fijaron quién era; le dispararon y ahí quedó, sin más.

—**César:** Cuando el enfrentamiento terminó, esto parecía una carnicería. Bajaban muertos y heridos de todas partes. A Johnson lo hirieron por allá en Lleras; le dieron un tiro en la espalda, pero, por suerte, la bala salió. Lo atendieron y luego, directo para la cárcel. Le metieron cuatro años.

El barrio quedó militarizado por un mes. Los soldados entraban y salían de las casas como si fueran suyas, allanando todo, buscando guerrilleros sobrevivientes o armamento. Pero la gente... la gente le era más fiel a la guerrilla. Encubrían a los que seguían vivos. El M-19 se tomó muy bien Siloé, eso no lo duda nadie. Todos saben que nunca se desmanteló del todo. Y de ahí... de ahí vino todo lo demás: la delincuencia común, las pandillas, los expendios de droga, los nexos con el narcotráfico, las armas, el contrabando. Todo eso explotó por culpa de los rezagos que dejó el M-19. Hoy, lo que ves en el barrio, esa violencia, los pandilleros, tienen sus raíces ahí. Son los contactos que dejaron los guerrillos. Es la única explicación para entender por qué la situación sigue igual.

Muchos de ellos se mezclaron tanto con la gente del barrio que terminaron formando familias, y eso lo vimos en la nuestra también. Cuando Pitoya estaba en la cárcel, mi mamita Matilde iba mucho a visitarlo. Ella fue la que terminó criándolo, así que no lo iba a dejar solo. Elisa —mi hermana mayor— la acompañaba. Ellos eran como hermanos, porque mi mamita también estuvo a cargo de Elisa cuando era una muchacha. Elisa era muy seria, de las que no se metían con nadie. Incluso asistía mucho al Salón del Reino de los Testigos de Jehová, porque mi tía Noralba y mi mamita le inculcaron eso. Fue allí donde conoció a Rubén. Se hicieron novios, un noviazgo serio. Ya estaban haciendo planes para casarse. El hombre había comprado la cama matrimonial y todo.

Pero entonces apareció el mono Octavio. Era amigo de Johnson en la cárcel, otro exguerrillero. El tipo era muy pinta, alto, mono, ojos azules; mejor dicho, no parecía de por acá. Un día, cuando Elisa fue a visitar a Johnson, el ‘mono’ la vio y quedó obsesionado. Le empezó a echar los perros con tanta insistencia que ella, al final, le correspondió. Y, bueno, terminó cancelando el matrimonio con Rubén a solo un mes de casarse. Fue un escándalo. Ella esperó a que el ‘mono’ saliera de la cárcel, y cuando lo hizo, se fue a vivir con él.

El mono no perdió tiempo. Apenas salió, empezó a reunir a sus viejos amigos, los que habían quedado escondidos en el barrio. Juntó como a 17. Se convirtieron en una banda. Robaban bancos, y los botines los repartían entre ellos y la gente del barrio. Una vez llenaron de dólares cinco bolsas de basura —dijo, haciendo gestos con las manos para mostrar el tamaño— y nos pusieron a los más pequeños en fila para repartirnos plata, dizque para que compráramos mecato. También robaban camiones de leche y la repartían entre la gente. Así que, en poco tiempo, se hicieron populares. La gente los quería. Era como si siguieran con el mismo *modus operandi* que tenían cuando estaban con el M-19.

—**Maryory:** Sí, nosotros estábamos pequeños y llorábamos mucho del hambre. A veces no había ni para una aguapanela. Nos tocaba bajar hasta La Nave, donde una señora que vendía morcilla, y pedirle que nos regalara el caldo que quedaba después de prepararlas. Ese caldo lo

comíamos con arroz, cuando había, y así... así engañábamos al estómago.

Una vez me tocó llevar al mono y a sus amigos hasta la casa, porque ellos no la conocían. ¡Y mi mamá me pegó por eso! Pero es que ellos se estaban metiendo en problemas cada vez más graves. Un día andaban armados, y un policía les exigió una requisa. No sé qué pasó, pero lo mataron ahí mismo, en la Segunda. Poco después, el barrio se llenó de policías. Todo se puso caliente. Ellos vinieron a refugiarse aquí, hasta que las cosas se calmaron.

Esos eran tiempos difíciles, muy difíciles. El ambiente se calentó tanto que uno no sabía en quién confiar.

—**César:** La familia terminó implicada, de una u otra manera, en todo eso. Éramos cómplices, y lo peor es que fue tan repentino que ni nos dimos cuenta. Los llegaba uno a querer tanto que, aunque sabíamos que estaban haciendo cosas ilícitas, terminábamos ayudándolos. Y no solo por cariño, también porque, por un tiempo, nos sacaron de tanta miseria... aunque fue a un costo muy alto.

Una vez, el mono estaba limpiando un arma. No se dio cuenta de que le había quedado una bala en la recámara. Mi mamita estaba haciendo oficio, y ¡pum! el tiro se le disparó. La bala le dio en una nalga a la viejita. El hombre, asustado como nunca lo había visto, la cargó de inmediato y se la llevó al puesto de salud. No hacía más que pedirle perdón, pero mi mamita, con esa calma tan suya, le decía que no había sentido nada, solo un entumecimiento —dijo, esbozando una sonrisa llena de nostalgia—. Así era ella, siempre tranquila, como si nada la afectara de verdad.

Otra vez, el mono vendió un armamento a una gente de Medellín, pero como estaba ocupado en otra vuelta, necesitaba que alguien fuera por el pago. Mi tía María se ofreció y... ¡voló en helicóptero para traerse el botín! Ella decía que fue una experiencia muy tensionante, porque estaba haciendo algo criminal y, además, nunca había volado antes. Pero el cariño y el agradecimiento que le tenía a Octavio la

impulsaron a hacerlo.

Cuando Elisa tenía tres meses de embarazo, el mono le dijo que iba a hacer una vuelta a Caicedonia. En realidad, iban a robar un banco. Se fueron nueve, distribuidos en dos camionetas. Todo iba según el plan, pero después del robo, la policía los comenzó a perseguir. Intentaron huir, pero una de las camionetas se volcó. Murieron casi todos, incluyendo a Octavio. Solo uno sobrevivió. La otra camioneta logró escapar. Al que sobrevivió, le decían mico grande. El hombre llegó a la casa lleno de esquiras, y ahí le dimos primeros auxilios. Pero la ley venía tras él. Aunque nunca lo capturaron en el barrio, un día se fue y nunca más se supo de su paradero.

Después de eso, la fiscalía y el F2 empezaron a perseguir a la familia. Querían encontrar a mico grande y también nos implicaban en todo. Incluso, mi mamita y mi tía Gilma fueron a reclamar el cuerpo del mono y terminaron presas. No les importó que la viejita ya tuviera 70 años. Las tuvieron un mes por allá, y luego las soltaron. Pero nunca dejaron de rondarnos. Nos mantenían vigilados, como si la sombra de todo eso nunca nos fuera a dejar.

Siembras y malezas después del M-19

El silencio cesó justo cuando el acompasado tintineo de las cucharas se detuvo. Era como si los recuerdos, que habían traído consigo un frío distante, se desvanecieran al calor fraterno del momento. Las memorias iluminaban las miradas, aunque también las ensimismaban, como si cada uno estuviera atrapado en su propio rincón del pasado.

En ese instante, llegó mi padre, Henry, un tanto agitado, con el desayuno en las manos. Al cruzar la puerta, miró a su alrededor con expresión de sorpresa, como diciendo: ¡Llegué tarde! Después de incorporarse con una sonrisa algo culpable, se sentó y dejó que el bullicio de las voces lo alcanzara. Escuchó en silencio, su mirada fija en la conversación que ahora giraba en

torno a un Siloé más marginado, atrapado bajo el yugo de la delincuencia común, la regencia de las pandillas y la lucha por el territorio.

Henry no pudo evitarlo. Parte de esa verdad también era suya. Lo sabía. Se sintió impulsado a hablar. Reflexivo, dejó escapar un suspiro, y entonces tomó la palabra. Era su turno para contarnos su versión de lo que había vivido.

—**Henry:** Cuando lo del M-19 terminó, el barrio tuvo como seis meses de tranquilidad. Fue como un respiro después de tanto, aunque todos sabíamos que no iba a durar. Y así fue. Después comenzaron a formarse las pandillas más bravas que ha tenido Siloé. Yo tenía unos 23 años cuando todo eso pasó. Mucha gente prefirió irse del barrio. Hasta Cristo Viejo, un vecino que vivía al lado, se fue y dejó su casa abandonada. No pasó mucho para que cinco muchachos del pedazo se metieran ahí y la convirtieran en su guarida. Pepe, Tocayo, Melele, Cuco y Mellizo comenzaron a organizarse. Se hicieron llamar Los Chulos. Esa casa, que había sido un hogar, terminó siendo un fumadero y un expendio de drogas.

Los Chulos eran conocidos por irse a robar a barrios de ricos, pero en el pedazo, nadie se metía con ellos porque andaban bien armados. Como ya no estaban ni los guerrilleros ni el ejército para controlar la delincuencia común, las pandillas empezaron a adueñarse de los territorios. Y de ahí venían los enfrentamientos. Los Chulos eran enemigos de los de Cuatro Esquinas, aunque los separaban solo unos cuantos metros. También tenían enemistad con los del Hueco. En ese entonces, esas tres bandas eran las más temidas del barrio.

Los más jóvenes, como yo, los admirábamos. Nos gustaba andar cerca de ellos. A ellos les encantaba integrar a la gente de la cuadra; cada tanto armaban una buena rumba. No robaban a los vecinos, así que, en cierto sentido, terminábamos siendo sus cómplices. Los veíamos como

los protectores de la cuadra. Eso daba una sensación rara de tranquilidad. A veces hasta les guardábamos las armas.

Pero yo tenía claro mi límite. Aunque mantenía con ellos, nunca probé el vicio. Fumaban delante de mí, pero yo siempre pensé que uno se daña porque quiere. Es verdad que el que anda en la miel, algo se le pega, pero eso no es excusa para hacer algo que no quieres hacer. Yo decidí que no. Tampoco participé en sus vueltas. Los respetaba y caminaba con ellos por la cuadra, pero hasta ahí. Ellos sabían quién era del combo y quién no. La gente también lo tenía claro.

Cuando se iban a dar bala con sus enemigos, avisaban a los vecinos. Aunque, a veces, los enfrentamientos eran sorpresivos. Pero en esos tiempos no era como ahora. Ellos trataban de que no quedaran inocentes en medio. Por eso, a veces arreglaban las cosas a navaja. Y cuando usaban armas, iban directo por el que buscaban, no se metían con nadie más.

De Los Chulos no quedó ninguno. Algunos terminaron en la cárcel; otros se mataron entre ellos. Siempre pasa. En una pandilla, no es raro que alguien traicione por salvar su pellejo o por algún interés. Al final, los de Las Delicias, que eran los mismos de Cuatro Esquinas, terminaron quedándose con su territorio.

Esos tiempos eran otros. Ahora los niños no pueden ni jugar tranquilos en las calles. Me acuerdo que en ese entonces jugábamos al Paredón. Nos gustaba salir tarde, a veces hasta la madrugada. Nos poníamos penitencias: ir a tocar postes o cruzar un caño del que decían que asustaban. Para hacerlo más emocionante, alguien se escondía para dar un buen susto al que cumplía el reto. Y si no era capaz... bueno, cogíamos medias, las llenábamos de arena, y el que fallaba tenía que quitarse la camisa, darnos la espalda y aguantar los pringonazos.

Hoy esas gracias no se pueden hacer. Los niños tienen que acostarse temprano porque las calles ya no son un lugar seguro.

Siloé a la vista de las Águilas

—**César:** Algo que marcó mucho al barrio fueron las matanzas de limpieza social. Las Águilas Negras y el famoso Tombo Milton se encargaron de atemorizar a todo el mundo, sobre todo a los jíbaros y a los consumidores.

Cuando las Águilas Negras aparecieron, comenzaron a dejar panfletos. Advertían que al que estuviera despierto después de las diez, le iban a dar piso. Al principio, nadie les hizo mucho caso, pero luego las amenazas se cumplieron. Los domingos en la mañana uno veía la cantidad de muertos tirados por ahí. Después de eso, todo el mundo comenzó a obedecer. A las nueve de la noche ya parecía toque de queda.

El Tombo Milton... ese era un caso aparte. Un policía activo, nariñense, que se encargaba de la limpieza social, pero, claro, no gratis. A los jíbaros les cobraba ‘vacuna’ para perdonarles la vida, y si no cumplían, los mataba donde los encontrara. Al principio, sí se veía tranquilidad, porque había mucho ‘mierdero’ en el barrio, gente haciendo y deshaciendo. Pero luego, el tombo se descaró. Comenzó a matar por deporte, incluso a gente sana que simplemente le cogía la tarde para llegar a sus casas.

Fue tanto, que hasta la misma policía se le puso en contra. Le organizaron un operativo por allá abajo, en El Cortijo. Cuando lo encontraron, el hombre se encendió con ellos. Se armó una plomiza tremenda, pero, aunque estaba muy bien equipado, lo mataron.

Lo que pasa es que en el barrio había demasiada decadencia. Eran muchas pandillas, no

se respetaba la vida de nadie, y cuando eso pasa, la gente se cansa y se arma. Pero eso termina siendo igual o peor. Los que hacen esas limpiezas comienzan a abusar, matan por matar, y luego desatan venganzas futuras. Normalmente, los que hacen eso son policías. Dicen que es una estrategia para reducir la delincuencia porque la ley es muy lenta, pero al final, también terminan haciendo su propio negocio con esa supuesta causa.

—**Noralba:** Sí, ese señor... Milton. Fue él quien mató a Toño, el jíbaro. Esa muerte fue espantosa. Era pleno día cuando el policía fue a cobrarle la vacuna, pero como Toño no quiso pagarle, ¡le pegó tres tiros en la cabeza! Y ahí quedó, con la cabeza echando humo todavía. No le dio tiempo de nada. Lo mató a sangre fría, como si no fuera nada.

El que a hierro mata, a hierro muere, eso siempre pasa. Por acá se ve mucho. Nadie se salva de esas cuentas, tarde o temprano.

Los siete eslabones de la maldición

Después de un rato, mi madre, con la mirada fija en un punto invisible, parecía estar conversando con sus propios pensamientos. Había algo en su semblante, severamente lúgubre, que revelaba que el tema había despertado en ella una idea o un recuerdo enterrado en lo más profundo. Entonces, como si pensara en voz alta, rompió el silencio con una sentencia cargada de convicción:

—**Maryory:** En la familia siempre ha habido como una maldición, una especie de cadena de muerte que no se detiene. Cuando se muere o matan a alguien, al poco tiempo le sigue otro, y luego otro... Es como si nunca terminara. Han sido siete las muertes que más nos han marcado, siete ausencias que siempre sentimos.

—**Noralba:** El primero fue mi hermano Rubio, Rubiel Humberto. Él era muy callado, reservado, no se metía con nadie. Le encantaba bailar y era discómano; pasaba horas escuchando música. Nos gustaba ir con él a bailar al Dorado. ¡Llegamos a ganar muchos concursos! Pero con el tiempo, empezó a juntarse con gente que no debía, y cuando menos lo esperamos, nos enteramos de que estaba metiendo vicio.

Eso lo llevó a tocar fondo. No escuchaba a nadie. Comenzó a robarse las cositas de la casa para venderlas o empeñarlas. Entonces, William y León —mis hermanos, que siempre han tenido monopolizada la casa— lo echaron para la calle.

El pobre Rubio terminó pareciendo un indigente. Ya no iba a la casa porque no quería que mi mamá lo viera así. Sabía que ella sufría mucho por él. Comía restos de la basura... era muy triste verlo así.

—**César:** Al hombre lo mataron por un malentendido. Resulta que llevaba días juicioso en la casa, sin salir para nada. Ese día fue a recoger a Erick —mi sobrino, el hijo de Elisa con el Mono Octavio—, que lo tenía Helen mientras Elisa trabajaba.

Rubio iba llegando a La Nave cuando se encontró con Toño, el jíbaro, con quien ya había tenido un problema antes. El man le buscó pelea en ese momento y tuvieron un altercado. Toño, furioso, agarró una roca y se la lanzó a Rubio. Pero él, rápido, la esquivó. El problema fue que la roca cayó en una ventana y rompió el vidrio.

El dueño de la casa salió hecho una furia, con un arma en la mano. Rubio trató de explicarle lo que había pasado y siguió caminando. Pero apenas dio la espalda, el tipo, sin convencerse de la explicación, le disparó. Lo hirió de gravedad.

Aun así, Rubio logró caminar unas dos cuadras, pero no resistió más. Yo estaba cerca cuando alguien me dio la noticia. Bajé corriendo y me lo eché al hombro, tratando de salvarlo... pero ya no había nada que hacer.

—**Noralba:** Pobre de mi mamá... le tocó enterrar a la mayoría de sus hijos. Uno pensaría que eso la habría destrozado, pero no. Aun así, fue el pilar de la familia. En lugar de desmoronarse, fue ella quien nos reconfortó a nosotras cuando la desgracia nos tocó. Era como si, en medio de tanto dolor, siempre encontrara fuerzas para levantarse y sostenernos a todos.

El relato de las cadenas de muerte en la familia continuó, cargado de una amarga sobriedad que impregnaba cada palabra. Era como si los recuerdos fueran cuchillos afilados, cortando el aire con cada frase, dejando atrás un silencio pesado, imposible de ignorar. Las voces, aunque firmes, llevaban la huella de un dolor contenido, de una historia que, aunque compartida, seguía siendo demasiado personal para algunos.

—**César:** Ya pasados dos años de la muerte de Rubio, siguió el Mono —Hernando Álvarez, el hermano de doña Noralba. Era todo un personaje, de esos que todo el mundo quería porque era muy servicial. Siempre estaba dispuesto a ayudar. Le decían Mono porque se echaba agua oxigenada en el pelo — dijo, dejando escapar una risa, como si ese recuerdo lograra suavizar la carga del momento—. Uno no puede acordarse de él sin imaginarlo con ese cabello amarillo.

—**Maryory:** Era muy querido mi tío Mono. Se pasaba de buena gente, siempre agencioso, siempre pendiente de los demás. Tomaba mucho trago, sí, pero entregaba todo su sueldo en la casa. Uno lo tachaba de bobo, porque está esa mala costumbre de llamar así a las

personas nobles, a las que son dadas a los demás. Mientras tanto, al avisgado, al que siempre quiere sacar provecho, lo admiramos, y no debería ser así.

A mí, en particular, esta muerte me afectó mucho. Yo le hacía maldades, y él se dejaba. Nunca se enojaba. Era de esas personas que uno quiere mucho, aunque a veces no lo diga. Lo extraño.

—**Henry:** En ese tiempo estaban Los Chulos, y él pegaba bien con ellos. En la cuadra lo querían mucho, porque era de esas personas que se sacan el pan de la boca para dárselo a uno. Siempre estaba para los demás, sin pensarlo dos veces.

Por ahí le decíamos Cabeza e Ternero, porque andaba ofreciendo sus cabezas por todas partes —dijo, dejando escapar una sonrisa al recordar el apodo—. La familia trabajó mucho tiempo con eso, embalsamando cabezas de ternero como adorno. Y él, como siempre, era el primero en ofrecerlas. Ese apodo le quedaba perfecto.

—**César:** A Mono lo mataron para Año Nuevo. Como no le había dado el feliz año a mi tía Noralba, subió temprano el primero de enero con una botella de aguardiente en la mano. Pasó por donde Los Chulos y, en el camino, se encontró con un tipo que le decían Elefante, uno que vivía por Cuatro Esquinas. El man, muy aletoso, le pide un trago, pero Mono se negó. Entonces, Elefante lo abraza, como para intimidarlo, y le pela un revólver.

Subieron unas cuantas escaleras, y de repente, el man le zampa una patada que lo mandó a rodar gradas abajo. Mono cayó mal y se desnucó. Pero como si eso no fuera suficiente, el desgraciado no se conformó y le disparó, sabiendo que ya estaba muerto.

A él no lo recogí yo —agregó con una mezcla de pesar y resignación—. Otra

coincidencia en esta cadena de muertes es que ninguno alcanza a llegar vivo al hospital.

La muerte de Mono dejó a la gente tan ofendida que uno apodado Tití se encargó de vengarlo. Resulta que, después del M-19, quedaron muchos disidentes sueltos por ahí. La mayoría se asentó en San Francisco, ese sector hostil por Belén, al pie del Cerro de los Cristales. Como por ahí es puro monte, les quedaba fácil esconderse. Se hacían llamar las Milicias Bolivarianas. El tal Tití pertenecía a esas milicias y era muy amigo de Mono, así que le montó la persecución a Elefante hasta que lo cazó.

Por acá, la gente no distingue entre justicia, venganza o, como le dicen algunos, justicia por mano propia. Todo es la misma güevonada.

Un año después de la muerte del tío Mono, mataron al tercero: Negro. La tía Gilma tuvo un segundo hijo después de Pitoya, Carlos Armando Álvarez, al que todos llamaban Negro. Yo no llegué a conocerlo, pero dicen que su relación con mi tía era muy parecida a la que tenía su hermano con ella: distante.

Negro no tuvo papá, y su vida fue un constante ir y venir, formándose entre los apoyos de la abuela Matilde y sus tías, quienes intentaban darle lo que podían. Su muerte dejó una herida profunda, no solo en la familia, sino especialmente en la tía Gilma. Dicen que, después de perderlo, cambió su actitud con el resto de sus hijos. Desde entonces, los educó de manera más cálida y cercana, junto a Javier, su marido, como si buscara compensar el tiempo y el afecto que se habían perdido con Negro.

—**César:** Yo estaba durmiendo ese domingo, eran las siete de la mañana, cuando tocaron la puerta con una desesperación tremenda. Al abrir, era Marino, todo angustiado. Me dice que

suba a San Francisco porque a Negro le habían pegado unos tiros. No lo pensé dos veces. Me puse lo primero que encontré y salí corriendo.

Cuando llegué, lo encontré boca abajo, con dos huecos en la cabeza. Prestaron una sábana, lo envolví como pude y me lo eché al hombro. En el camino, don William —el tendero del barrio— me vio y me dijo que me subiera a su camioneta. Bajamos volando pal Departamental, pero cuando llegamos, los médicos me dijeron que ya estaba muerto. Nunca alcanzo a llevarlos con vida... siempre llego tarde. —Su voz se quebró apenas un poco, mientras su mirada briosa develaba una tenue fragilidad, un destello de impotencia que no se esforzaba en ocultar. A él lo mataron porque le estaba cayendo a una muchacha que tenía marido. Ese día dio papaya, porque se puso a tomar. El tipo, ofendido, llegó por detrás y le disparó. Era de San Francisco, y esa gente es despiadada. No se ponen a pensar dos veces para cobrar las cosas.

Muchachos de plástico

—**Arístides:** Esta familia sí que tiene historia. ¿Te acordás, César?, ¿De la explosión que hubo acá?” —dijo, con una sonrisa que asomaba entre sus palabras. El recuerdo pareció iluminar el ambiente, sacando risas contenidas de todos—. ¡Eso hasta salió en Telepacífico! ¿Quién iba a creer que algo así nos iba a poner en la televisión?

— **César:** A mí siempre me ha gustado aprender de todo, siempre que sea algo útil para la vida. Una vez, unos conocidos me enseñaron a hacer totes de pólvora, y ahí se me prendió el bombillo. Se me ocurrió proponerle a Armando —el sobrino de don Arístides y Eunice— que armáramos un negocio. Yo le enseñaba a armar la pólvora, y él ponía el capital. ¡Negocio redondo! —dijo con una sonrisa, como recordando la chispa de esa ocurrencia—. A él le pareció buena la idea, y así empezamos.

— **Arístides:** Ese sobrino mío era un locato. De una aceptó, sin pensarlo dos veces. ¡Claro! Si a él todo lo que sonara a peligro y aventura le parecía buena idea. —dijo con una sonrisa socarrona, como si recordara las ocurrencias de Armando con una mezcla de cariño y resignación.

— **César:** Ya habíamos comprado los materiales, y yo les enseñé por encimita a él y a los muchachos —mis primos— cómo armar los totes. Cogíamos bolas de barro, metíamos los explosivos, y luego envolvíamos todo en papel. Ese día le advertí a Armando, bien claro, que no fuera a mezclar la pólvora gris con el fósforo rojo, y mucho menos que revolviera los materiales con brusquedad. Pero, claro, hizo exactamente lo contrario.

Yo me fui a conseguir unas cajas, y cuando estaba subiendo, escuché la explosión. Fue un estallido tremendo, acompañado de una lluvia de papelitos y esquirlas de madera volando por todas partes. En ese momento pensé: ¡No, ese güevón voló la casa! —dijo con una mezcla de exasperación y humor, mientras recordaba el caos que Armando había provocado.

Cuando llegué, Armando venía bajando herido, lleno de esquirlas de madera clavadas en el cuerpo. ¡Claro! Se le ocurrió hacer la mezcla encima de una mesa vieja, y esa cosa explotó como si fuera dinamita.

Con él estaba Caliche, el hijo de Eunice, y al pobre sí le fue peor. Estaba todo aturdido y quemado. Lo tuvieron que bajar cargado hasta La Nave para que lo atendieran. Menos mal los otros muchachos habían salido en ese momento, porque si no, también les hubiera ido mal.

—**Arístides:** Ese Caliche quedó más feo. Se miraba en el espejo, y al verse sin cejas y todo quemado, salía corriendo y gritando como loco. Luego volvía a mirarse y hacía lo mismo: correr y gritar. ¡Parecía un espanto persiguiéndose a sí mismo! —dijo con una risa

seca, como si el recuerdo, a pesar de lo trágico, le trajera un momento cómico.

Las risas terminaron en un desparpajo que llenó el ambiente de una ligereza momentánea. Mi tía Eunice, que desde el principio de la tertulia había permanecido en silencio, pareció encontrar en este instante una ventana para intervenir. Quizá el nombre de su hijo en la plática la impulsó, o tal vez fue el calor familiar, el ambiente íntimo que le permitió desprenderse, aunque fuera un poco, de la vergüenza y la aprensión de ser juzgada.

Había algo en su expresión, un cambio sutil, como si hubiese comprendido que estas reminiscencias no iban a ser encasilladas en blanco o negro, que el propósito era captar los matices, ver los colores que el tiempo había difuminado y sumergirse en el tinte melancólico del recuerdo. La empatía ahora tenía más peso que el prejuicio.

Entonces habló, su voz despojada de adornos, su testimonio desvelando cómo surgió una de las pandillas más renombradas de Siloé, cuyos actos, eventualmente, alimentarían la cadena de muerte y dolor que había marcado a los Álvarez.

—**Eunice:** Juan Carlos —Caliche— siempre fue rebelde, le atraían las armas y esas cosas. De pequeño, me marcaba las ollas con el emblema del M-19, como si fuera un juego. Se ponía una pañoleta roja en la frente y se pintaba la cara como soldado. Hasta hacía fusiles con palos que encontraba por ahí. A mí esas actitudes me inquietaban, pero no les puse cuidado. Pensé que eran cosas de la niñez. A veces, incluso, me enojaba porque mi papá decía que él iba a ser el fefe de las pandillas. Y para mí, esas palabras no eran un chiste. A la palabra hay que tenerle cuidado, porque tiene poder.

Nunca fue grosero ni patán con la gente, y menos con sus hermanas. Era locato y todo eso, pero respetuoso. No contestaba nada cuando lo reprendían. Sin embargo, con Aicardo siempre se llevó mal. A veces, parecían enemigos más que padre e hijo. Siempre me he preguntado por qué peleaban tanto.

Aicardo era muy hostigoso con él. Me imagino que lo hacía porque quería evitar que Carlos fuera vago o que repitiera los mismos errores que él cuando era joven. Porque, ahí donde lo ven, Aicardo metía marihuana y era andariego. Incluso estuvo en la cárcel. —Eunice hizo una pausa, como sopesando si debía continuar. Bajó la mirada, dejando entrever que aquello no era algo que todos sabían. Luego, con una voz más suave, añadió—: Uno a veces es más duro con el hijo que más se nos parece, aunque no lo reconozcamos. Y quizá, por eso mismo, les damos más motivos para que luego estén reprochando.

—**Maryory:** Yo tengo muy buenos recuerdos de Caliche. Siempre fue muy bueno conmigo y con mis hermanos. Nos prestaba sus juguetes y nunca peleábamos. En cambio, con sus hermanas, yo sí solía pelear —dijo con una sonrisa que parecía mezclar nostalgia y travesura—. Ellas y yo nunca nos llevamos del todo bien en ese tiempo.

Me acuerdo que, en la esquina, una vecina acostumbraba a hacer fiestas para niños y nos invitaba a todos los de la cuadra. En esas fiestas fue donde aprendí a bailar. Caliche me montaba los pies encima de los suyos y bailaba conmigo. Parecía como si yo estuviera bailando sola. Así fue como me aprendí los ritmos, hasta que un día ya podía bailar por mi cuenta.

La tía Eunice agachó la cabeza, como si los recuerdos le pesaran de pronto. Su rostro, apesadumbrado y reflexivo, parecía contener una batalla interna. Permaneció en silencio unos segundos, dejando que el ambiente se llenara de una expectación pesada pero respetuosa. Entonces, levantó la mirada con decisión. Algo en sus ojos había cambiado, como si hubiera encontrado la fuerza para continuar, para liberar las palabras que aún faltaban por decir.

—**Eunice:** Es que uno se pone a pensar y no sabe en qué momento Carlos se volvió así... Uno le veía las actitudes, claro, pero a veces como padres preferimos hacernos los bobos o resolver todo a punta de golpes. Es que no se sabe cómo actuar. Son situaciones tan complicadas

que uno hace lo que cree mejor, pero al final siempre nos sentimos impotentes. Es como si uno no conociera del todo a los hijos.

Aicardo y yo teníamos una tiendita por allá en Lleras. Trabajábamos duro para mantener a los cuatro muchachos. Cuando volvíamos a la casa, siempre nos encontrábamos con quejas de que Caliche había hecho alguna maldad. ¿Y cuál era nuestra reacción? Pues darle rejo. Por ejemplo, el día de la explosión, no estábamos en la casa cuando nos llamaron para darnos semejante noticia. A mí casi me da algo. Con las muchachas no nos matábamos tanto la cabeza, porque siguieron estudiando. Pero él... él se empeñó en que no quería volver, y nosotros, cansados de tantas citaciones, preferimos sacarlo de la escuela. Pero eso fue peor, porque así cogió mucha libertad. Fuimos muy alcahuetas, sobre todo yo.

Cuando ya estaba adolescente, mantenía mucho con mi sobrino Armando, que era peor de 'locato' y problemático. Armando sabía entrenar perros y caballos, pero un día se robó uno de esos caballos finos que estaba adiestrando, dizque para hacer chorizos con la carne y venderlos. Se llevaba a Caliche al centro para que le ayudara a vender. Les encantaba meterse en problemas y hacernos doler la cabeza.

Todo empeoró cuando Caliche se hizo amigo de unos muchachos de San Francisco, que eran dizque milicianos bolivarianos. Ellos lo influenciaron para que se metiera en eso. Madrugaba a formarse y a entrenarse allá. Yo le insistía que no lo hiciera, que no siguiera ese camino, pero él ya no escuchaba a nadie. Un día me vino con la noticia de que estaban haciendo una lista de voluntarios para irse al monte, y que él quería anotarse. Me dijo que lo estaba pensando porque, según él, al que no fuera capaz de aguantar, ellos mismos lo mataban. A mí se me vino el mundo encima. Le supliqué que no se me fuera, que lo pensara bien. ¡Gracias a Dios!

Ese día me hizo caso y se quedó.

Con el tiempo, dejó de asistir a esas milicias, pero quedó figurando como guerrillero. Volvió a la esquina de la casa, donde se sentaba con sus amigos de toda la vida. En ese entonces todo era sano, nada raro. A esos amigos los apodaron Los Plásticos. Por las noches se juntaban para hablar, sin más.

Pero un día a Aicardo lo robaron cuando iba saliendo del culto de la iglesia. El ladrón era un muchacho de La Estrella al que le decían Pelusa. Carlos se llenó de rabia porque el tipo pasaba por la casa muy conchudo, y además estaba desatado robando por ahí.

Entonces, Caliche se hizo amigo de Geovany Mena, y eso fue lo peor. Ese muchacho ya andaba en malos pasos junto con su familia. Geovany le prestó un arma a Carlos, y un día le montaron cacería a Pelusa. Lo buscaron hasta que, abajito de la casa, lo mataron y salieron corriendo para esconderse.

Ese fue el primero de los nueve muertos que le conocí, aunque realmente no sé cuántos llegó a matar. Desde ese día, Carlos no podía dormir. Comenzó a meter pepas, seguro para acallar la conciencia, pero esas mismas lo enloquecían horrible.

—**Maryory:** Los muchachos de la cuadra eran muy sanos. Se sentaban en la esquina a hablar y a recochar. Les decían los Plásticos porque les gustaba estar a la moda, siempre oliendo bien y arreglados, listos para echarles los perros a las vecinas.

La gente comenzó a llamarlos plastiquillos, como una forma de burlarse, algo así como decir hoy día que alguien es gomelo. Pero nadie, ni ellos mismos, se imaginó cómo iban a terminar las cosas... parecía que todo era solo risas y chistes en esos días.

—**Eunice:** Carlos fue el que los convirtió en una pandilla. Les enseñó cómo manejar un arma, y poco a poco cada uno se fue echando a su muerto encima. Todos los que se hacían en la esquina eran los Plásticos, pero realmente eran Carlos, El Tigre, Flower y Geovany Mena los que hacían las vueltas. A los otros les tocó armarse para defenderse, porque ellos habían ganado enemigos de todas partes, incluyendo a la policía, que venía a darles bala.

Eran tiempos difíciles, porque los Plásticos tenían demasiados enemigos, y el miedo más grande era quedar en medio de una balacera, que podía formarse en cualquier momento. Yo sufrí demasiado con Carlos, pero uno se va haciendo a la idea de que en cualquier momento le llegan con la noticia de que lo mataron... o que la policía se lo llevó. Lo cierto es que ya no lo reconocía. Se volvió muy asesino, y en la casa comenzamos a tenerle miedo. Era muy impactante verlo cuando se empepaba para matar.

A mí me tocaba hacer de tripas corazón para hablarle, porque era a la única que escuchaba. Un día me tocó ver una gorra llena de sesos puesta ahí en la entrada. Era de alguien a quien había matado. Eso fue horrible. Me puse a llorar de la impresión y no fui capaz de decirle nada. La gente me criticaba porque no lo entregué a la ley, pero, aunque muchas veces estuve decidida, nunca fui capaz. ¡Es mi hijo, después de todo!

Los mayores enemigos de los Plásticos eran los de Las Delicias. Todo comenzó un día que mataron a uno de ellos, que estaba sentado en una panadería frente a la escuela Luis López de Mesa. Ese muchacho tenía un arma, y lo mataron para quedarse con ella. Desde ese día comenzó la guerra, y la familia quedó amenazada. No podíamos pasar por allá, sabiendo que esa carretera es la que baja a Belisario. Además, Carlos ese día ni siquiera estuvo en esa vuelta.

Otro motivo de la guerra era que los Plásticos eran aliados de los Mena, y los Mena se

llevaban a muerte con los deliciosos. Entonces, los asociaban. Era como si todo estuviera conectado, y las cosas se salieron de control rápidamente.

—**César:** En ese momento empezó la mayor decadencia del barrio. Ya la violencia y las muertes no eran por razones políticas, sino por pura delincuencia. Había demasiadas pandillas en distancias cortas. Uno ya no sabía por dónde andar, porque si de terco se pasaba para otro lado, solo por eso lo podían matar. Fue entonces cuando las famosas fronteras invisibles se hicieron más fuertes.

Las pandillas, por el territorio, usaban la ley del más fuerte. Por eso todo el tiempo estaban en conflicto. Robaban a los del barrio, a sus propios vecinos. Ya no era como en la época de nuestros abuelos, cuando se respetaba más a la comunidad. Desde ese momento, les dejó de importar si caían inocentes. Lo único que les importaba era agarrar más territorio.

De todas las pandillas, las dos que más fuerza cogieron —y que hoy día todavía la tienen— son las de Las Delicias y Los Mena. Es que ellos se organizaron más. Se convirtieron en los mayores expendedores de drogas y, además, en oficinas de sicariato. Ahí fue cuando empezó la tirria entre ambas, porque ya no se peleaban solo por el territorio, sino también por los negocios.

Los Mena son como más considerados con la gente. No acostumbran a robar acá en el barrio, ni van matando por matar. Pero esos de Las Delicias... —acentuó su tono con enojo— esos sí son mierderos. A todo el mundo roban. Ya nadie que viva en este pedazo, y menos la familia, puede bajar a Belisario porque cobran peaje. Nos tocó quedarnos con el pedazo de los ‘Mena,’ bajar por La Nave y dar toda esa vuelto.

Ahora, el resto de las pandillas tiene que rendirle pleitesía a alguna de las dos. Es como si todo estuviera dividido entre ellos, y el barrio entero hubiera quedado atrapado en medio de su guerra.

—**Arístides:** Yo conocí al papá de los Mena. Se llamaba Nelson, pero le decían ‘Gatucela.’ Fue él quien comenzó todo. Y después de que lo mataron, la familia siguió el mismo camino, como si no hubiera forma de salirse de eso.

Horizontes velados, reinos de hierro y cemento.

En la actualidad, muchas de las pandillas mencionadas han sido desmanteladas, ya sea por extinción natural o por encarcelamiento de sus miembros. Sin embargo, de los vestigios de aquellas que alguna vez imperaron —La Estrella, Plásticos, El Hueco, San Francisco, Cuatro Esquinas— surgieron nuevas. Y, aunque estas mantienen cierta presencia, son las pandillas de los Mena y Las Delicias las que hoy ostentan el monopolio del barrio, consolidándose como las fuerzas dominantes en un territorio que parece atrapado en su propio ciclo de poder y violencia.

—**Eunice:** La gente comenzó a denunciar los delitos de los Plásticos, y se les empezaron a llenar los expedientes. Un día, a un muchacho que se hacía en la esquina con ellos, lo cogió la policía porque andaba sin papeles. Cuando lo investigaron, se enteraron de que tenía relación con los Plásticos, y lo encerraron. La mamá fue a sacarlo de la cárcel y, para que lo soltaran, llevó una foto donde aparecían todos los muchachos. A cambio de la libertad de su hijo, les señaló quién era cada uno y les dio detalles para atraparlos.

Ese día hicieron un operativo grande, allanaron y voltearon la casa patas arriba. Fue ahí cuando agarraron a Caliche y a Geovany Mena. El Tigre y Flower se salvaron porque no

andaban por acá, pero quedaron con orden de captura. Era aburridor, porque cada muerto que aparecía querían achacárselo a Carlos, aunque no tuviera nada que ver. Lo que pasa es que uno siempre quiere encontrar un culpable.

Yo, por un lado, descansé un poco de ese suplicio cuando se lo llevaron. Aunque me dolía que estuviera allá encerrado, prefería eso a tenerlo muerto. Cuando lo condenaron, le echaron encima muertos que no eran de él, porque prestaba las armas con las que otros muchachos cometían crímenes, y cuando lo agarraron, se las encontraron. Carlos siempre decía que lo que más odiaba era a los sapos, así que nunca delató a sus amigos. En su defensa, confesó que no había matado a esos muchachos, pero tampoco dio los nombres de sus amigos, sino de otros que ya estaban muertos, así la ley no podía hacer nada.

En la casa me pelean mucho, dizque porque yo soy alcahueta con él y porque tengo preferencias. A veces me provoca irme, pero no lo hago, por él. Sé que si no estoy, lo echan a la calle. No es que tenga preferencias, es que las muchachas son juiciosas y sensatas, pero él me necesita más. Yo confío en que todavía hay bondad en él y que Dios lo va a transformar totalmente.

Carlos ha cambiado mucho desde que salió de la cárcel. Ya no anda armado ni nada de eso. Mete su vicio, sí, pero yo sé que Dios me lo va a sanar de todas esas inmundicias. Pero, la verdad, yo también le cogí miedo. Ya no es el muchacho que crie. No sé en qué momento se volvió así o por qué.

Un día, me puse a llorar y me senté a hablar con él. Me dijo que nunca lo escuchamos ni le dimos un consejo, que todo lo resolvíamos dándole rejo. Me quedé helada. Me sentí mal porque, la verdad, reconozco que fallé como madre. Nos dedicamos mucho a trabajar y lo

descuidamos. No lo escuchábamos, solo lo castigábamos, o yo le alcahuiteaba. Mejor dicho, no nos dimos a la tarea de conocerlo hasta que llegó el momento en que ya no lo reconocía.

Pero mi fe no muere. Sé que cambiará. Por eso me dedico tanto a él. Además, a Carlos Dios lo ha protegido de muchas cosas. Nunca le metieron un tiro de gravedad...—Eunice frunció el ceño, su voz quebrándose un poco mientras se sumía en sus pensamientos—. O... de pronto no es que sea Dios, sino el diablo.

Caliche fue condenado a pagar 40 años de cárcel, de los cuales solo cumplió 15. Al figurar como exguerrillero, fue puesto en libertad tras la firma de los acuerdos de paz, con la condición de impartir cátedras sociales, dando testimonio de su vida para intentar reducir la criminalidad en el barrio.

En prisión terminó sus estudios y, de alguna manera, logró rehabilitarse. Hoy subsiste con un sueldo que el Estado le paga por cumplir su supuesta labor social. Aunque ya no delinque, sigue siendo consumidor, un hecho que provoca constantes rencillas con su familia. Sin embargo, se ha mantenido firme ante las tentaciones del crimen, según él mismo dice: —No voy a ser tan bobo de perder mis beneficios por ponerme a pendejear por ahí—. Bromea comparándose con un tigre al que le han cortado los dientes y las uñas.

Hace unos meses, los de Las Delicias pasaron por la esquina de su casa y, durante tres días consecutivos, le robaron varias pertenencias. Ante esto, Caliche declaró: —Aunque a uno le da rabia, y en otros tiempos ya los habría quebrado, no la voy a embarrar. Al fin y al cabo, lo material se recupera, pero la libertad no. Yo tengo que ser consciente de que en este mundo el pasado es algo que siempre lo va a perseguir a uno, por más que uno quiera construir un futuro.—A pesar de sus palabras, hay algo en él que habla de marcas más profundas, no físicas

sino psicológicas. Su espíritu parece estar en un constante batallar. Es usual verlo con una conducta paranoica, girando la cabeza cada veinte segundos para mirar hacia las escaleras, como si esperara que sus enemigos aparecieran en cualquier momento, listos para cobrar viejas deudas. Es difícil mantener una conversación con él. Aunque sus respuestas no carecen de lógica, parece divagar, como si su mente estuviera atrapada entre el presente y los ecos de un pasado que no lo deja en paz.

Después de que Caliche y Mena fueron encarcelados, la pandilla de los Plásticos comenzó a desaparecer. Algunos de sus miembros fueron asesinados; otros abandonaron el barrio. Sus destinos no fueron distintos a los de otras pandillas.

Flower fue dado de baja mientras cumplía un encargo de sicariato para los Mena. El Tigre, por su parte, murió enfrentándose a la policía. Aquel día, un operativo rodeó el área. El intercambio de balas duró más de una hora. Acorralado, el Tigre se refugió en la casa de un anciano que vivía solo. Cuando un policía entró, él lo mató. Esto desató la furia del resto, que, aprovechando su resistencia, lo abatieron en el lugar.

Por mucho tiempo, la esquina de los Plásticos permaneció vacía. Solo quedaron los agujeros de bala en las paredes, las gradas manchadas por quemaduras de colillas y las marcas de sudor donde solían sentarse. Una sensación de penumbra y aprensión se apoderó del lugar, junto con las historias que comenzaron a tejerse sobre ese rincón en las extenuantes escaleras.

Hoy en día, algunos se atreven a sentarse ahí, incluso el mismo Caliche. Pero todos saben que de los Plásticos solo quedan recuerdos tumultuosos y aquellas asperezas que nunca podrán limarse.

Las danzas fúnebres de la cadena de los siete

El cuarto fue Marino, asesinado por uno de los grupos de limpieza social. Su madre, la tía María —hermana menor de mi abuela—, lo había dejado al cuidado de la abuela Matilde. Marino creció con demasiadas carencias, pero la abuela siempre le brindó, como a la mayoría de sus nietos, amor y respaldo. Aun así, su muerte fue la que más la abatió.

Ese diciembre de 1999 quedó marcado por un doble luto. Mi madre acababa de dar a luz a mis hermanos menores, gemelos que nacieron con una rara enfermedad congénita de tipo cardíaco. El 25 de diciembre, la familia regresaba de visitar a Jordy, el hermano que aún luchaba por su vida, pues al día siguiente iba a ser operado. La cirugía implicaba un riesgo altísimo, una apuesta con su vida. Unos días antes, su gemelo había perdido esa misma apuesta.

La casa estaba sumida en un luto profundo, una tristeza que apenas dejaba espacio para la esperanza. Pero esa noche de diciembre, la familia tuvo que enfrentarse nuevamente a la tragedia. Marino fue asesinado, y lo que quedaba de la Navidad se convirtió en otro capítulo de dolor. Los vestidos negros que aún no habían sido guardados volvieron a usarse. Era como si la tristeza no diera tregua, como si la muerte se hubiera instalado en la casa y no estuviera dispuesta a marcharse.

—**Maryory:** En ese entonces vivíamos en la Segunda, y esa noche acabábamos de llegar de la clínica Valle del Lili, de ver al niño —Jordy— porque al día siguiente lo iban a operar. Era 25 de diciembre, y aunque algunos estaban tomando, el ambiente estaba tenso. Por la Segunda estaban los Plásticos. Resulta que le habían robado un televisor a un tío de los Paperos y querían venderlo para irse a bailar. Incluso se lo ofrecieron a Henry, pero yo no estaba para prestarles

atención. Venía cansada y con la cabeza en lo de Jordy. Solo pensaba en llegar a dormir.

Mi mamá estaba en la puerta esperándonos. Los muchachos —mis hermanos— y mi papá ya estaban dormidos. En ese momento pasó Marino y se acercó a donde estaban los Plásticos. Mi mamá y yo vimos que le pasó una plata a Geovany Mena. Según dicen, se la había dado a guardar, y como pasó por ahí, se la reclamó.

Mi mamá lo regañó y le dijo que se fuera para la casa. Él le contestó que solo iba a comprar el pan del desayuno. Marino siempre fue muy juicioso, el que entraba la comida en la casa. Nunca dio dolores de cabeza. Nosotras nos entramos y él subió a la tienda.

De repente, se prendió una balacera. Gritos iban y venían. Yo estaba en el baño y me asomé por una rendija en la pared. Fue entonces cuando escuché a unas señoras gritar que habían matado al hijo de María. En ese momento no caí en cuenta de que se trataba de Marino, porque quien lo crio fue mi mamita Matilde. Cuando entendí, salí gritando que habían matado a Marino.

Mi mamá trató de detenerme porque la balacera seguía y era peligroso, pero no me importó. Salí corriendo. Lo encontré boca arriba, al lado del andén. Me le tiré encima, llorando y moviéndolo, pero ya estaba agonizando. Nunca voy a olvidar esa imagen... en sus ojos quedaron lágrimas, y eso fue lo que más me desgarró. Pensar en lo que estaría sintiendo, lo que estaría pensando en ese momento.

Mi mamá seguía gritando desde la puerta, pero yo no escuchaba nada más que mis propios sollozos. Me agaché, esperando que pasara todo, hasta que no tuve opción y me metí a una casa cercana. Cuando la balacera se calmó, salí corriendo. De repente, empezaron a aparecer personas de todos lados. Estaban los Plásticos, incluso los del Hueco. Eso era porque a Marino lo

querían mucho. Todo el mundo lo conocía. Era demasiado noble.

Me duele no haber podido ir a su entierro. Siempre me ha dolido no estar ahí para despedirme como debía.

—**Noralba:** Marino era un muchacho como no hay dos. María lo dejó con mi mamá porque Gustavo, su marido, le propuso que se fueran solo los dos. El papá nunca quiso responder por él, así que desde muy pequeño le tocó ponerse a trabajar.

A él le encantaba estudiar. Trabajaba para pagarse el estudio y, además, para aportar en la casa. Era un muchacho juicioso y berraco, por eso todo el mundo lo quería. Mantenía mucho acá y hasta le decía papá a Arístides. Eso a James no le gustaba nada, le daba celos. Siempre terminaban peleando por eso.

—**César:** Fueron esos Paperos, un grupo de tenderos de La Nave que se asociaron dizque para hacer limpieza social y evitar que les cobraran vacuna. Pero no solo mataban a los que ellos consideraban delincuentes, también a inocentes. Esa noche, como vieron a Marino hablando con Mena, y ellos venían persiguiendo a los ‘Plásticos’ por lo del televisor robado, lo asociaron con el robo.

Al parecer, Marino los vio, pero se quedó quieto porque los tipos lo conocían, incluso les hacía mandados. Se confió. Y eso es lo que más rabia da: esos Paperos lo conocían. Uno podría pensar que fue una confusión cuando dispararon, pero no. Ellos se acercaron a él cuando ya estaba en el suelo, y no contentos, lo remataron.

Eso fue revolucionario. Los Plásticos, ofendidos por la muerte de Marino, les pusieron una granada allá abajo. Más de uno cayó ahí. Pero nada de eso devuelve la vida. El pobre Marino

solo tenía 16 añitos. ¡Dieciséis! Y lo mataron como si fuera un criminal más.

Poco más de una década había pasado desde la muerte de Marino. Parecía que la cadena, aquella maldición que nos perseguía, había terminado con él. Pero no. Su cauce siguió con más fuerza que nunca, y su accionar, más rápido, no dio tiempo para sobreponerse.

El ritual de las telas negras volvió. El café sobrio, las conmisericordias y el desgaste de llantos sin consuelo reaparecieron, como si nunca se hubieran ido del todo. Ahora la cadena tocaba mi círculo más cercano. En menos de un año, dos de los hijos de mis abuelos fueron asesinados. Viejas rencillas y venganzas, nacidas en la época de los Plásticos, volvieron a cobrar vidas. El pasado, con su peso inevitable, nos recordó que nunca muere del todo. Permanece, acechante, vigente, aunque el tiempo avance sin pausa.

Mi tío James, el menor de los cuatro hijos, fue el quinto en caer.

—**Maryory:** Cuando eso pasó, vivíamos por la esquina del Tango, unas cuantas cuadras más abajo de la casa. Recuerdo que era un viernes. Yo me había ido con ustedes —tú y Jordy— y algunos vecinos al coliseo del pueblo. Pero no disfruté estar allá. Me sentía triste, sin razón aparente. Todo el mundo me preguntaba qué tenía, pero no sabía explicarles. Era una tristeza que simplemente estaba ahí, como si algo me presionara el pecho.

Cuando veníamos por el camino, me llamó la atención un carro que pasó pitando. Era su papá, y llevaba a James ahí, agonizando. Al llegar al barrio, había mucha gente rondando. Cuando pasaba, se me quedaban viendo y murmuraban entre ellos. Yo no sabía lo que estaba pasando, pero de alguna forma lo presentía. Nadie me decía nada, hasta que llegué a la casa.

Fue entonces cuando un vecino se me acercó, angustiado, como si le costara mirarme a

los ojos. Finalmente, me dijo que a mi hermano James lo habían herido. Me puse histérica y le pregunté dónde. Cuando me dijo que en el corazón, sentí que el alma se me desgarraba. Me puse a llorar y a gritar, olvidándome por completo de ustedes. Los dejé tirados. Solo quería saber si mi hermanito estaba bien, si todavía podía compartir con él, con quien durmió conmigo casi toda la vida.

Su papá cuenta que estaba parado en el balcón, mientras James y otro amigo conversaban ahí afuera de la casa. De repente, por la esquina, vio llegar a dos tipos sospechosos. Les advirtió que se ocultaran, porque en esos días los Chicos Ratas, una pandilla de La Estrella, acostumbraban a bajar para robar y buscarle problemas a los muchachos. Pero James no se escondió. En lugar de eso, les hizo un ademán, como para ver si los reconocía. Ellos le señalaron la cabeza, como queriendo decir que solo venían a trabarse.

Su tío vio algo raro en la actitud de los tipos. Sacó un arma que tenía ahí y les disparó, cubriéndose tras una columna. Cuando salió para hacer un segundo disparo, una bala le impactó en el tórax.

Su papá fue a ponerse una camiseta y salió a auxiliarlo. James todavía podía caminar. En la Segunda conseguimos un pirata que estaba por ahí parqueado, pero como el arma de esos tipos era artesanal, la bala no salió. Eso le llenó los pulmones de sangre, y terminó muriendo porque no podía respirar.

Henry dice que le sujetó la mano y que James se la apretó, como diciéndole que no lo dejara morir. —La voz de mi madre se quebró en ese momento. Prefirió cortar el relato y sumirse en el silencio, dejando el peso de la historia flotando en el aire —.

—**Arístides:** Ese día mi muchacho estaba como todo triste. Era demasiado callado, ni la risa se le conocía casi. Siempre fue reservado, pero ese día estaba aún más pensativo. Él, que a veces era perezoso, se puso a lavar toda la ropa, lo cual me extrañó mucho. De tanto insistirle, por fin me contó lo que lo tenía así.

Por acá las cosas estaban tensas porque esos manes —los Chicos Rata— venían mucho a joder. Por eso a los muchachos les tocó armarse. Si no, los iban dejando ahí tirados. Se aprovechaban de que ya no estaban los Plásticos.

Un día antes de que lo mataran, él estaba con su mejor amigo y fueron a comprar un cigarrillo. Al voltearse, vieron que un tipo encapuchado se les acercaba. Obviamente, se asustaron, más porque estaban desarmados. Luego de un rato, el man se baja la capucha, y resulta que era un amigo de ellos al que le decían Cáscara. Estaba muerto de la risa porque los había asustado.

James se enojó y le reclamó. Le dijo que esa no era forma de chancear, más sabiendo cómo estaban las cosas de calientes. Pero Cáscara no lo tomó bien y le buscó pleito. Según me dijo James, lo amenazó de muerte y le aseguró que iba a tirar una granada en la casa.

Ese era el motivo por el que estaba tan aburrido, tan inquieto. Le preocupaba que nos hicieran algo.

Yo decidí ir a la casa del tal Cáscara para hablar con el papá, Hernando, que era amigo mío de toda la vida. Cuando hablamos, Hernando lo regañó y me aseguró que no iba a pasar nada. Confiado de que todo había sido solo una pelea, le comenté al niño, y eso pareció tranquilizarlo un poco.

Todo fue un engaño. Quien mató a mi muchacho fue el cuñado de ese man, que además estaba relacionado con los de Las Delicias.

—**Noralba:** Cuando me lo mataron, estaba visitando a mi mamá y Geovanito me acompañaba. No recuerdo quién fue, pero alguien llegó con la noticia de que lo habían herido. Yo no me podía mover, me descompensé. Henry llamó diciendo que necesitaba unos papeles, y mandé a Geovany para que fuera a la casa a buscarlos, mientras yo salía corriendo para el centro de salud. Cuando llegué allá, Geovany ya estaba. No sé cómo hizo para llegar tan rápido.

Al rato salió el médico. Nos dijo que ya había fallecido. Mis tres muchachos se arrastraban por el suelo llorando. Y yo... yo no aguanté. Cuando desperté, me tenían en una camilla. Pero, en el fondo, hubiera preferido morirme. Ese dolor es indescriptible.

No fui capaz de volver a la Casa y ver su ropita lavada. Los recuerdos me estaban matando, así que decidimos irnos un tiempo, aunque fuera a pagar arriendo. Le pedí a Maryory que se viniera con nosotros, porque ahora más que nunca iba a necesitar su apoyo. Dejamos la Casa abandonada.

Pero nada volvió a ser igual. Geovany se transformó, se llenó de odio. Yo ya no lo reconocía. Mi muchacho, que antes era tan noble... se perdió entre el dolor y la rabia.

Ecos inexorables

Aquellos vestigios de conflictos por territorio y venganzas continuaron, incluso después de la desaparición de los Plásticos. Las cadenas de odio no pertenecen solo a quienes las instauran, sino también a quienes los rodean. Son algo que se hereda, algo que pasa de mano en

mano, como un objeto maldito. El sexto fue mi tío Geovany, apenas ocho meses después de la muerte de James.

Mi madre y mi tío Alexander —el hijo mayor— vivían aparte con sus respectivas familias. Solo Geovany y James permanecieron en la Casa paterna, lo que los hacía extremadamente unidos. Después de la muerte de su hermano, Geovany se llenó de sed de venganza. Comenzó a perseguir al asesino de James, obsesionado con cobrar su sangre. Muchas veces estuvo cerca de lograrlo.

Su aspecto reflejaba el desorden de su espíritu y de sus pensamientos. Era como si todo lo que sentía por dentro se filtrara hacia afuera, en su mirada perdida, en su caminar errático.

Aquel día de abril, recibió una invitación a una fiesta preparada por una ex mujer que había tenido, una mujer que representaba todo lo peligroso. Estaba intrínsecamente ligada a la pandilla de Las Delicias, con conexiones en una red de contrabando, microtráfico y préstamos ilegales. Su fama la precedía. Provenía del Cauca, donde había estado casada varias veces con hombres relacionados con el narcotráfico. Según decían, los mataba para quedarse con sus negocios y sus líneas.

De Geovany se rumoreaba que ella lo tenía trabajado con brujería, que le había robado la voluntad hasta convertirlo en un autómatas. Él cobraba los dineros que le debían, se metía en líos por ella, obedeciendo como si no tuviera más opción. Con el tiempo, logró alejarse de ella, pero aquella noche de sábado aceptó su invitación.

Se metió en la boca del lobo, como si algo más grande que su propia voluntad lo arrastrara.

—**Noralba:** Mi hijo se llenó de odio. Yo me enteré de que en varias ocasiones intentó matar al asesino de su hermano. Cada vez que salía, para mí era un suplicio. Estaba demacrado, se amanecía mucho en la calle y llegaba borracho. A veces yo me sentaba a aconsejarlo, y él, llorando, me decía que su hermano no merecía haber muerto, que había mucho malandro suelto y a esos no les pasaba nada. A mí se me partía el corazón, pero me hacía la fuerte para reconfortarlo.

Los fines de semana eran una tortura. Yo no dormía hasta que él regresaba. Escuchar balaceras o bulla era como revivir la muerte de James. El corazón se me aceleraba, y pensaba que algo malo le había pasado. Luché mucho con él, pero estaba cegado por la rabia. Con el tiempo empezó a mejorar, había dejado a esa mujer y ya no se amanecía tanto.

Ese sábado mi muchacho se veía hermoso. Había algo diferente en él, algo que hacía mucho no veía. Estaba contento. Me dijo que esa noche no dormiría en la casa, que iría a una fiesta para celebrar que un amigo suyo había salido de la cárcel. Fue esa mujer, Consuelo, quien lo invitó. La idea no me gustaba, pero ¿qué podía hacer? Él ya estaba muy viejo para que le prohibiera salir, así que le di mi bendición y le pedí que se cuidara. Me dijo que me calmara, que pensaba volver temprano porque al otro día era el cumpleaños de su hija —la niña que vive en Bogotá— y quería ser el primero en felicitarla.

Esa noche, como de costumbre, no podía dormir. Estaba angustiada, y él nada que llegaba. Cuando por fin estaba logrando dormirme, escuché los gritos de una mujer: —¡No, a Geovany, no! — En ese momento se me aceleró el corazón. Sabía que algo malo le había pasado.

Llamé a Arístides, que estaba dormido, y le conté lo que había escuchado. En ese

instante, sonó el teléfono. Era esa mujer... me dijo que a Geovany lo habían herido. Me desestabilicé, pero le pedí fortaleza a Dios. Me cambié, agarré a Arístides de la mano, y salimos a buscarlo.

Bajando las gradas, Arístides tuvo un shock. Se quedó paralizado, no podía seguir avanzando. Yo lo dejé ahí y fui a buscar a Henry para que me acompañara.

Cuando llegamos al puesto de salud, ya le tenían la mortaja encima. Estaba tirado en el suelo, sobre una bandeja. Yo no fui capaz de verlo... me enloquecí de dolor. —Paró su relato, con los ojos húmedos, como si recordar hubiera puyado una herida que nunca sanó.

—**Arístides:** Es que Geovany se metió en la boca del lobo. A esa fiesta invitaron a dos de los cabecillas de Las Delicias, y apenas lo vieron, no repararon en armarle bronca. Sabían que era primo de Caliche. Esa vieja, Consuelo, aprovechándose de que estaba tomado, le quitó el arma. Mientras ella iba a guardarla en su casa, esos dos tipos lo mataron.

Esa gente fue despiadada, no tuvieron piedad. Lo trataron como a un perro. Mientras agonizaba, lo tiraron a la calle. Lavaron la casa para borrar evidencias, mientras él moría ahí, sin que nadie lo auxiliara.

Fue una patrulla de la policía la que lo encontró tirado en la calle y lo llevó al puesto de salud, pero ya llegó sin signos vitales.

Nosotros pusimos la denuncia, pero el caso no avanzaba. Esa gente tenía comprados a algunos funcionarios y policías que se encargaron de entorpecer todo. Al final, lo archivaron, como si nada hubiera pasado.

—**Noralba:** Y Yo me estaba enloqueciendo. Comenzaba a delirar, no quería aceptar que me habían matado a mis dos hijos en menos de un año. Le perdí sentido a la vida. Arístides, su mamá y su tío se llenaron de odio y de deseos de venganza. Esa gente no respetaba. Se burlaban de nosotros cada vez que bajábamos por ahí para ir al cementerio.

Muchos se ofrecieron a cobrar esa venganza por dinero. Pero yo les imploré que no lo hicieran, que dejaran todo en manos de la justicia divina. Gracias a la palabra —refiriéndose a la Biblia— pude reponerme. También logré perdonar.

Hace unos meses me encontré con esa señora Consuelo. Estaba flaca, raquítica, parecía loca. De repente, se tiró de rodillas a pedirme perdón, lloraba, diciéndome que desde ese día no había tenido paz.

Yo la levanté. Le dije que hacía mucho tiempo la había perdonado, que podía irse en paz. Yo tenía que perdonar, porque, al fin y al cabo, la venganza no me los iba a devolver. Aunque admito que, al principio, también sentí demasiado odio.

El vacío de la matrona ausente

De la abuela Matilde guardo recuerdos entrañables. Siempre fue cálida conmigo, una mujer llena de sabiduría que me aconsejaba y me envolvía en sus historias, mientras me ofrecía las tortillas de atún que escondía solo para mí. La recuerdo como una figura admirable, una mujer que tuvo el coraje de detener los abusos de su marido y, sin su apoyo, sacó adelante a sus hijos. Hizo lo mejor que pudo, y eso ya era más de lo que cualquiera hubiera esperado.

Era franca, con una mirada impasible y profunda, capaz de transmitir verdades de manera prudente y sensata. Siempre en sus cabales, nunca titubeaba al enfrentar las adversidades. Tenía,

además, un gran sentido del humor. A veces costaba tomarla en serio, porque podía aminorar hasta las situaciones más funestas con actuaciones risibles, llenas de gracia y elocuencia.

Su carácter templado y su entereza fueron el sostén de nuestra familia, especialmente después de tanto golpe. De alguna manera, ella se oponía a la cadena de muerte que rondaba como una maldición, enfrentándola con su fuerza y amor. Con ella todos nos sentíamos aliviados, seguros. Como la matrona que era, mantenía unida a la familia. No había un solo día en el que, después de nuestras obligaciones, no nos reuniéramos en su casa hasta que la noche nos dispersara.

Sin embargo, aunque luchó con valentía contra esa cadena de muerte, no estuvo exenta de convertirse en uno de sus eslabones. Ella fue la séptima, a tan solo un año de la muerte de mis tíos. Desde el día de su partida, todo cambió. La familia se fragmentó, se enfrió. Nunca volvimos a reunirnos de la misma manera. El pilar que nos sostenía estaba resquebrajado e inerte.

Era un viernes. Mi hermano y yo acabábamos de llegar de la escuela. Todos estaban reunidos alrededor de su cama porque había tenido crisis respiratorias esa tarde. Nosotros la observábamos desde su mecedora, su lugar exclusivo, como si verla ahí pudiera darnos algo de calma. Por un momento, parecía que la crisis había pasado. La tranquilidad que llenó la habitación fue engañosa, un respiro breve antes del final.

De repente, comenzó a contorsionarse de nuevo, con más desespero. Frotaba sus pies entre sí, pataleaba fuerte. Su rostro se retorció y sus ojos desorbitados pedían auxilio, pero ninguno de nosotros podía hacer más. Mi mamá intentó todo lo que estuvo a su alcance para socorrerla, pero, tras un largo suspiro, doña Matilde cayó.

Se fue, dejando a su familia sola, una familia que nunca terminó de criarse, que no supo cómo mantenerse unida sin ella. Su hombro ya no estaba para sostener a sus hijos, a sus nietos, a cualquiera que buscara en ella amor y respaldo ante las tempestades de la vida. Su espíritu sapiente, cálido y dulce, ya no estaba para abrazar a los abatidos.

Doña Matilde murió un diciembre de 2007, víctima de un paro cardiorrespiratorio. Lo único que pudimos hacer por ella fue llevarla a morir en la tranquilidad de su casa.

—**Maryory:** Desde que mi mamita murió, ya nada volvió a ser igual. Cada uno cogió por su lado. El cigarrillo fue lo que la mató, además de tanto golpe que recibió y que disimulaba para que nosotros no decayéramos. Yo le pedía mucho a Dios que no me tocara estar de turno el día que falleciera, pero fue todo lo contrario.

Ese día le dio una crisis desde temprano. Conmigo estaban mi mamá, mi tío William y Helen —la mamá de César—, pero ellos se pusieron mal de los nervios, no hacían sino llorar. Yo, en cambio, me llené de valor. Le metía el dedo con un trapito para sacarle la flema, le subía las manos para hacerle los masajes que los médicos nos enseñaron, pero nada. Ella se ponía peor.

Hubo un momento en que se calmó. De tanto esfuerzo por respirar, quedó toda agitada. Pensé que la crisis había pasado. Pero entonces, le volvió. Mi mamita tenía una expresión de desespero que nunca voy a olvidar. Yo me sentía impotente, con toda la voluntad, pero sin poder hacer nada.

Finalmente, miró a todos sus hijos, como despidiéndose. Dio un suspiro fuerte... y quedó en mis manos.

Todos pensaban que la crisis se le había pasado y que estaba dormida. Pero cuando llegó

mi tía Gilma, solo necesité un gesto con la cabeza para darle a entender que se nos había muerto la viejita.

—**César:** A todos nos acabó de criar. A nosotros nos tocó aguantar mucha hambre, y cuando nos echaban de las partes donde pagábamos arriendo, siempre arrancábamos para donde ella. Sabíamos que al menos por parte de mi mamita íbamos a ser bien recibidos. Ella siempre estaba ahí.

Pero no faltaban William y León. Nos echaban a la primera oportunidad, dizque porque Helen —yo nunca le digo mamá— era muy sinvergüenza, y nosotros teníamos que pagar los platos rotos. Aun así, mi mamita nunca nos dejó solos. Siempre nos apoyaba en todo.

Ella era todo en la familia. Una base, un sostén... sin ella no éramos nada.

—**Noralba:** Yo era la ñaña de mi mamá. Ha sido la mujer que más admiro, porque tuvo mucho valor y aguante con tantas cosas que le tocó vivir. Cuando pasó lo de los muchachos, ella fue quien me ayudó a levantarme. Me daba mucho valor.

Me duele pensar en la forma tan horrible en que murió, ahogada. No lo merecía. Pero, al fin y al cabo, aparte de su familia, algo que nunca dejó fue ese cigarrillo.

Todo el mundo la conocía y la quería. Es que mi mamá era muy linda, muy chistosa. Mantenía ofendida porque una vez, en esos grupos de personas de la tercera edad, hicieron dizque un concurso de belleza. Ella llegó a la final con doña ‘Chon,’ pero le ganaron el primer lugar. Ella decía que era injusto, que ella era más bonita que doña ‘Chon.’

De mi viejita solo se puede tener gratitud y buenos recuerdos. Hasta en los velorios hacía

sus chistes, para que dejáramos de llorar tanto y nos riéramos un poco. A veces, no parecían velorios, sino reuniones sociales.

Hasta que nos volvamos a encontrar en el desayuno

En ese momento, muchos de los presentes ya se habían marchado. El comedor, que había extendido su capacidad de cuatro personas para abarcar las historias y las voces que llenaron la mañana, volvió a tomar su forma ordinaria. El eco de las risas, los suspiros y los relatos quedó flotando, como si el espacio se negara a olvidar. La nube de memorias, que había envuelto a todos, ahora se disipaba lentamente, dejando tras de sí un aire más liviano, aunque cargado de una melancolía sutil.

—**César:** Acá en Siloé, uno aprende a sobrevivir a pesar de tanta miseria. La unidad de la familia es lo que lo mantiene fuerte a uno. Mire, a mí me gusta aprender de todo, porque para vivir uno solo necesita una buena mente, un espíritu vivo y, sobre todo, ganas. Ganas de salir adelante.

A veces, uno se limita porque ha tenido carencias, pero esos son solo pretextos. Uno no se puede dejar morir, eso lo aprendí muy bien. Por eso, lo que no sé me lo invento, pero algo hago.

Acá se aplica mucho un dicho: todo lo del pobre es robado. La gente vive tanta miseria que termina creyendo que uno vive lo que le toca. Es como si no hubiera opción. Por eso muchos piensan que la única forma de progresar es saliendo de acá o haciendo negocios torcidos.

Ya es hasta sospechoso que alguien progrese de la nada aquí. Si uno ve una camionetota de los tenderos del barrio, lo primero que piensan es que hay chanchullos de por medio. Y sí,

algunos tienen sus chanchullos, pero hay quienes ahorran juiciosamente y compran sus cositas con esfuerzo.

Se puede progresar acá, claro que sí. Se puede ahorrar, solo que hay que organizarse. El problema es que acá la gente no piensa tanto en el progreso porque piensa más en el día a día, en sobrevivir. Pero yo digo que el camino no solo debe verse de frente, sino por todos lados. Hay que aprender a mirar más allá, a inventarse las oportunidades.

—**Noralba:** Hemos sufrido mucho, hemos llorado hasta sentir que ya no quedan lágrimas, como si se nos secaran de tanto derramarlas. Pero hay que continuar, porque no hay otra opción más que seguir pa lante.

La vida no se detiene, aunque uno a veces sienta que no puede con tanto. Hay días en los que el dolor pesa más que todo, pero incluso en esos momentos, uno tiene que encontrar la forma de levantarse, de seguir caminando, porque quedarse quieto no es una opción.

César se puso de pie con estrépito, interrumpiendo la calma que ya comenzaba a instalarse. Mi mamá lo despidió llamándole Bartolo. Aquello me intrigó, así que pregunté de dónde provenía ese curioso sobrenombre. Ella respondió con una sonrisa que anunciaba una anécdota:

—Es que este era muy tonto. Cuando se quedaba en la casa, se orinaba en la cama y, cuando lo regañaban, decía que se había secado la cara con el colchón.

Todos soltamos una carcajada, mientras él aseguraba, con esa chispa que nunca le falta:

—Yo siempre he sido demasiado ocurrente. Esa es mi forma de sobrevivir en la vida.

Todavía tengo muchas ganas de vivir y de hacer cosas útiles.

César hizo una pausa, dejando que el eco de las risas se apagara, y luego añadió con un tono más solemne:

—De esta familia hay mucha historia. Y aunque a veces uno haga como si no la ha vivido y trate de olvidarla... a mí no se me olvida nunca.

Calló por un momento, mirando a su alrededor como si buscara en las caras de los presentes alguna señal de comprensión. Finalmente, concluyó:

—Mijo, me gustó mucho haberle servido. Dígale al profesor que hasta puede hacer una película con mis historias. Dígale que me llame.

Yo lo miré con desconcierto. No supe qué decir, así que solo asentí, dejando que el momento hablara por sí mismo.

En un desayuno, el recuerdo se instauró, como lo hacía la fraternidad en los tiempos de doña Matilde. Lo que hace especial a la familia Álvarez no son sus dramáticas historias ni sus cadenas de muerte, sino que bien pueden ser la voz de muchas familias que permanecen en el anonimato, atrapadas en la impunidad, la marginalidad, la apatía y el silencio.

De cara al peor sentimiento.

La tertulia de la mañana me dejó pensativo, y me abstraí en mis propios recuerdos. Cuando mis tíos y mi bisabuela murieron, no comprendía del todo el dolor que inundaba a mi familia. Los veía retorcerse, llorar desgarradoramente, y aunque a mí también me dolía, en mi

mente de niño dimensionaba la situación como si se tratara de una ausencia momentánea. Me decían que se habían ido para siempre, pero en mi inocencia mantenía la noción de que volverían.

Yo no me desgarraba, ni lloraba como ellos. Pensaba que algo andaba mal conmigo, que mi incapacidad para expresar aquel dolor significaba insensibilidad, o tal vez que el sentimiento era exagerado en ellos y no en mí.

Con el tiempo, comprendí aquel insoportable dolor. Lo padecí, lo viví, y llegué a la conclusión de que simplemente es algo que debe experimentarse para entenderlo en su auténtica dimensión.

Estábamos a días de graduarnos del bachillerato. Liseth pertenecía al grado once tres, mientras que yo estaba en once uno. Ella era extremadamente inteligente. Había sido admitida para estudiar trabajo social en la Universidad del Valle, y también había ganado una beca para ingeniería civil en la Javeriana. Solo le faltaba decidir cuál camino seguir.

Todos nos enamoramos de su gentileza. Era de esas personas que encontraba el más imperceptible ápice de virtud en quien pareciera estar desprovisto de esta. Yo siempre he sido solitario, con pocos amigos, pero ella tenía la capacidad de hacerme sentir acompañado, querido. Se preocupaba por mis asuntos y apoyaba cada proyecto que quería emprender. Su aura era bella, lumínica; dejaba una sensación de bienestar dondequiera que estuviera.

Faltaban quince días para la graduación. Era un sábado de noviembre y el colegio nos citó para tomarnos las fotos. Recuerdo que ese día el ambiente bullía entre nerviosismo y júbilo. Liseth estaba alucinantemente radiante. Con su habitual afabilidad, se acercó para platicar

conmigo.

Pasaron varios días, y aquel jueves, su vida le fue arrebatada violentamente, a tan poco de cristalizar uno de sus tantos sueños.

Era un jueves gris, y yo cargaba con una rara sensación de agobio que no sabía explicar. Para quienes habíamos pasado el año lectivo sin perder asignaturas, las vacaciones ya habían comenzado. Solo esperábamos la graduación. Ese día, Liseth decidió asistir al colegio para ayudar a sus compañeros que estaban habilitando. Soñábamos con poder graduarnos todos juntos.

Yo también pasé por el colegio para recibir noticias de las habilitaciones, y luego tenía planeado dirigirme al parque de la Horqueta, donde realizaba las horas de labor social. El cielo se tornó gris, anunciando un aguacero inminente.

Caminaba rumbo al parque cuando una motocicleta pasó pitando con desesperado estrépito. Mi mente estaba excesivamente abstraída, pero el insistente sonido cortó mis elucubraciones.

Miré hacia la carretera. Vi que el parrillero de la moto era una muchacha con una blusa amarilla ensangrentada y un short de jean. Llevaba el pie derecho arrastrado. La moto se dirigía al hospital departamental, y en ese instante pensé: La pobre no alcanza a llegar.

Al llegar a casa, mi papá me recibió con una noticia que no supe cómo procesar. Me dijo que habían matado a una compañera mía, de nombre Liseth. En ese momento no la relacioné conmigo, porque nunca se me pasó por la mente que algo malo podría sucederle a ella. Cuando supe que se trataba de Liseth, me quedé estupefacto. No lo creía. Buscaba entre

los muchos comentarios de la gente detalles que pudieran demostrar que todo era un malentendido.

Fui egoísta. Quise escuchar que se trataba de otra persona, que no era ella. Pero la confirmación llegó inevitablemente. Todo el mundo comenzó a subir su foto a las redes, acompañada de aquella cinta negra. Aun así, seguí negándolo, convenciéndome de que no era ella, hasta que Nikol, su mejor amiga y también la mía, me lo confirmó.

Todos estábamos inconsolables. En el colegio se aplazaron las clases y se le dedicó un día entero en su memoria. Yo no lloraba. Siempre me ha costado hacerlo. Pero dentro de mí, miles de emociones se revolvían como una tormenta.

El día de su entierro fue como un fenómeno. Todo el barrio y más allá se reunió para despedirla. Nunca había visto tanta muchedumbre en una marcha fúnebre. Más que tristeza, sentía ira. No sabía hacia qué o quién dirigirla. Veía a tantas personas llorar y me frustraba, me enojaba. Me parecía hipócrita que le rindieran tal homenaje cuando muchos de ellos jamás la valoraron, cuando ni siquiera la conocieron realmente.

En ese momento, experimenté la sensación más horrible y desesperante de mi vida: la impotencia. Los seres humanos siempre queremos encontrar una explicación para todo, una solución para todo. Pero hay fuerzas, condiciones, que nos superan, ante las cuales estamos desnudos e indefensos. Ante las cuales somos, simplemente, demasiado humanos y frágiles.

Nikol me contó que un día Liseth, con su habitual convicción, había declarado: —Todo el mundo hablará de mí—. Y ciertamente lo cumplió. Pero a un costo que ninguno de nosotros habría querido que pagara.

Después de su entierro, ya en la mansedumbre de mi casa, finalmente pude llorar. Comprendí que cuando mi familia lloraba desgarradoramente por sus muertos, no exageraba en su dolor. No solo era tristeza, sino desesperación, impotencia, desconcierto. Lo mismo que yo sentía en ese momento.

También entendí que tantas personas no la acompañaban en su marcha final por hipocresía, sino porque les dolía la violencia. Les dolía cómo esa misma violencia transgredía las promesas, las esperanzas, esos destellos de luz donde el determinismo social y la marginalidad parecían vencidos.

Años después, capturaron al asesino. Aquella tarde de abril, Liseth había llegado a casa después del colegio y atendía la visita de su primo. En ese momento, una pandilla conocida como El Planchón bajó a cobrar cuentas con los de Las Delicias.

Su primo, al ver el peligro, se asomó para alertar a sus amigos, pero los agresores, al ver la puerta abrirse de golpe, apuntaron hacia allí. Ella corrió, empujó a su primo para meterlo a salvo y cerró la puerta abruptamente. Uno de los atacantes disparó. La bala traspasó la madera y la hirió de gravedad.

Su primo, al verla en un estado tan crítico, decidió abandonarla. A pesar de que ella decidió salvarle la vida, incluso al costo de la suya, él la dejó sola. Quizá no lo hizo consciente de que moriría. Quizá solo respondió a su instinto, a su naturaleza.

Confesiones de un Siloeño

Cuando menciono dónde vivo, las reacciones siempre son las mismas. Es casi un ritual ya

predecible: expresiones que atraviesan el asombro, la incredulidad y, en ocasiones, la incomodidad apenas disimulada. Un levantamiento de cejas, un ¿en serio?, seguido de preguntas que flotan entre la curiosidad y el prejuicio: ¿Ha mejorado la situación por allá? ¿Vives muy arriba? ¿Se siente la brisa al menos? ¿Todavía roban y matan a diario? Y yo, que siempre he sido un sujeto solitario, lóbrego, con pretensiones de ser reflexivo, no puedo evitar enredarme en mis propios pensamientos al escuchar esas preguntas.

Detrás de esas frases, que a menudo suenan más indelicadas que empáticas, percibo una pregunta subyacente, casi un desafío: ¿Cómo alguien que ha crecido en un barrio marcado por la marginalidad, las fronteras invisibles y un historial de violencia puede sentarse aquí, hablar así, vivir así? Me intriga que, al mirarme, parezca que algo en mí contradice el lugar del que vengo, como si debiera llevar una marca que dijera: vivo en Siloé por ser así o asá. Tal vez lo que realmente intentan descifrar no es mi forma de ser, sino el cómo: cómo se sobrevive, cómo se aspira, cómo se sueña desde un lugar donde la noción de futuro se empaña constantemente con la urgencia del día a día.

Lo cierto es que esas preguntas, esas muecas y miradas, no me ofenden. Más bien me invitan a una introspección involuntaria, como si mi vida estuviera siendo analizada desde un prisma ajeno. No los culpo, los mismos siloeños se preguntan lo mismo: cómo unos chicos pueden avanzar, estudiar, hacer algo distinto que se contrapone al determinismo social y otros no. ¿Dónde recae la diferencia? ¿Qué factores llevan a que se decida una cosa u otra? No me siento capaz de encontrar una explicación definitiva, pero entrar en esa reflexión indefectiblemente me lleva a hacer introspección de mí mismo, de mi crianza, del Siloé en el que he vivido. (Aunque me cuesta hablar de mí, me cuesta porque cada recuerdo abre un pozo lleno de ecos, lleno de sombras, lleno de preguntas que aún no tienen respuesta). Lo referencio así

porque, sin duda, es distinto al de mis antepasados.

Uno podría pensar que fue la manera en que fui criado (porque ciertamente fueron estrictos conmigo), pero esa idea se desvanece cuando la confronto con la realidad. Crecí rodeado de historias, de ejemplos que parecían contradecir cualquier fórmula. Vi a jóvenes a quienes 'les apretaron duro la tuerca', a quienes les inculcaron el rigor, la disciplina, y aun así, cayeron en los laberintos que parecían destinados para ellos. También vi a otros que, con una crianza más 'modesta', recibiendo pequeños gustos y libertades, tampoco encontraron un rumbo claro. Y, por otro lado, estaban quienes crecieron en la bruma de una libertad excesiva, sin reglas, sin restricciones, y de igual forma se perdieron en la vorágine del barrio.

Pero en cada uno de esos casos, el resultado parecía ser el mismo: un lamento. Padres y madres, con sus manos vacías y su mirada pérdida, preguntándose una y otra vez en qué fallaron. ¿Qué fue lo que hice mal? se convertía en un mantra, una pregunta lanzada al aire que nadie respondía. Era como si en Siloé no existiera una guía, un manual que garantizara algo diferente. La crianza no era más que un acto de fe, un esfuerzo titánico por detener una rueda que parecía imparable. Y yo, entre todo eso, me preguntaba qué era lo que realmente hacía la diferencia, cuál era el factor que definía si uno lograba escapar o si quedaba atrapado en la red invisible que cubre al barrio.

Esa reflexión, que a veces me atormenta, me lleva a pensar que no se trata solo de cómo te crían, sino de algo más. Algo que no se ve, que no se puede medir, pero que está ahí. Tal vez sea la manera en que absorbemos las grietas del entorno, la forma en que lidiamos con los silencios, con las miradas de aquellos que esperan que fallemos. O quizás sea la chispa, ese fuego diminuto que algunos logran encender en medio de tanta oscuridad, un fuego que les da

fuerza para avanzar aunque todo les diga que no lo lograrán. Lo cierto es que no tengo respuestas. Y quizás, esa falta de respuestas sea lo que me impulsa a seguir observando, a seguir preguntándome, porque al final, entender Siloé, entenderme a mí mismo, es una tarea que no termina nunca. Lo único que se me viene a la cabeza —y sí, cualquiera que lea estas páginas podrá aseverar que soy un imbécil por ofrecer una respuesta tan poco diciente— es que quizá la diferencia radique en algo tan simple como una cuestión de voluntad, en quererlo o no. Y aunque suene a una obviedad que merezca la burla, permítanme defender esta idea con algo más que palabras: crecí con jíbaros en cada esquina, con familiares atrapados en cadenas de muerte, víctimas y verdugos de guerras urbanas por territorios y fronteras invisibles. Crecí entre guerrilleros, entre susurros de balaceras y rituales de despedida. Todo eso era parte del aire que se respiraba, y sin embargo, jamás sentí la necesidad de ser parte de ello. Ni siquiera el más mínimo interés en encender un cigarrillo.

No digo esto para posar de virtuoso ni para jactarme de algún tipo de inmunidad moral. Nada más lejos de la verdad. La adultez, con su promesa de libertad y exploración, me llevó a probar ese mundo que siempre mantuve a raya. La curiosidad me alcanzó como a cualquiera, pero desde un lugar distinto: no era la presión del entorno, ni el deseo de pertenecer; era más bien la duda de si aquello que parecía tan cercano, tan inevitable para otros, tendría algo que ofrecerme. Así que lo probé.

Una vez, en la universidad, cedí a la tentación de los famosos *brownies mágicos*. Otra, bajo el velo de la intimidad, me encontré fumando un porro con una pareja. En ambas ocasiones lo hice con una expectativa incierta, con esa mezcla de curiosidad y desdén que a veces acompaña las decisiones improvisadas. ¿Y saben qué? Me pareció una soberana pendejada.

No quiero ofender a aquellos para quienes el viaje les trae algún tipo de satisfacción. No soy quién para juzgarles. Simplemente no fue mi caso. Dicen que la marihuana es la puerta de entrada a las demás drogas, pero yo abrí esa puerta, entré, y me salí tan rápido como llegué. Porque, al final, me harté. No del efecto, sino de la sensación de vacío que dejó tras de sí, de esa artificialidad que parecía tan distante de lo que yo buscaba, si es que buscaba algo. Y ahí entendí, o al menos me convencí, de que no se trataba de las circunstancias que me rodeaban, ni de las oportunidades que me ofrecía el entorno. Era, simplemente, una cuestión de voluntad.

Y tal vez suene ridículo, demasiado simple. Pero, a veces, la diferencia entre quedarse atrapado o encontrar la salida no está en las grandes decisiones ni en las condiciones externas. Está en ese pequeño acto de decir: Esto no es para mí. Una elección que, por alguna razón, hice casi de manera instintiva, sin saber muy bien por qué, pero que hasta hoy me ha mantenido de pie.

Reitero, no me enorgullece moralmente sentirme alejado de cualquiera de esos caminos. No soy un modelo de virtud, ni mucho menos. También he tomado malas decisiones, y aunque no sean de las que ocupan titulares, cargan su propio peso. Tendré mis propias adicciones, pequeñas o grandes, invisibles quizás, pero reales. O, tal vez, simplemente tengo tan pocas pasiones que le he perdido la capacidad de asombro a las pequeñas cosas de la vida, aquellas que otros atesoran como trofeos.

Quizá sea un diagnóstico tácito, uno que me certifique con media vida. Media vida de incertidumbres, de dudas que pesan más que las certezas. Y, sin embargo, incluso en esa medianía, me quedan convicciones. Pocas, sí, pero fuertes, al fin y al cabo. Convicciones como raíces profundas, que me anclan lo suficiente para no ser arrastrado por las corrientes del

determinismo social.

Es un orgullo extraño, casi contradictorio: me jacto de ser un rebelde, pero no el tipo de rebelde que escala montañas o desafía a las instituciones. Soy un rebelde contra el guion escrito, contra la historia que se suponía debía seguir porque otros la siguieron antes que yo. Cerré la puerta, no con un portazo ruidoso, sino con un gesto sencillo y definitivo. No por valentía, sino por obstinación.

Sí, mi obstinación ha sido tanto mi bendición como mi maldición. Una espada de doble filo que me ha abierto puertas y, al mismo tiempo, me ha dejado cicatrices. Pero debo admitir que no todo fue voluntad o terquedad; tuve suerte. Tuve la fortuna de criarme en espacios que cultivaron esa obstinación, que la alimentaron como si fuera una semilla destinada a crecer en contra del viento. Estudié en un colegio que nos convenció de que podíamos aspirar a algo más, de que era posible cambiar nuestras historias si queríamos. Nos prepararon para la universidad con un fervor que rayaba en el idealismo, ese que, en aquel entonces, me parecía ridículo, pero que fue suficiente para romper con un paradigma profundamente arraigado en barrios como Siloé.

En Siloé, la educación tiene un propósito concreto y limitado: se estudia para trabajar, no para pensar. Los padres, con sacrificios inmensos, sueñan con ver a sus hijos terminar el bachillerato, no porque lo vean como un fin en sí mismo, sino como un medio para obtener trabajos menos extenuantes. El ideal, para muchos, es que sus hijos estudien rápido, se gradúen, y pronto puedan devolver la inversión familiar con salarios que, aunque modestos, les permitan sobrevivir. Quienes tienen un poco más de ambición animan a sus hijos a realizar una carrera técnica, algo breve y práctico, algo que los coloque rápido en la rueda de la industria. Pensar en

la universidad, en cambio, parece un lujo desmedido, una pérdida de tiempo, un despropósito. ¿Quién puede permitirse cinco años o más de estudio cuando la mesa exige pan ahora mismo?

Esa mentalidad me asfixiaba, pero no podía culpar a nadie por ella. En muchos sentidos, es una estrategia de supervivencia. Sin embargo, enfrenté ese paradigma. Estudié y trabajé al mismo tiempo, luché por alcanzar un título universitario mientras mantenía las riendas de mi hogar, mientras cargaba con las expectativas —y, en algunos casos, las críticas— de quienes pensaban que estaba desperdiciando mi tiempo. Muchos llegaron a creer que mi obstinación no era más que una excentricidad, un capricho, una imprudencia. Y sí, quizás lo era, pero una que me permitió mirar más allá del horizonte inmediato.

En barrios como el mío, la idea de democratizar el conocimiento aún parece un sueño lejano. Se educa para producir, para encajar en la maquinaria del sistema, para hacerla más eficiente, más cómoda. La idea de adentrarse en el pensamiento, en la cultura, en el arte de cuestionar y construir ideas, se percibe como un acto de rebeldía, una conchudez que no corresponde a quienes hemos crecido entre las colinas de Siloé. Pero ahí está el detalle: mi obstinación me dictó que debía ser conchudo, que debía desafiar las reglas no escritas de mi entorno, que debía caminar en contravía de lo establecido.

Esa misma obstinación, que para algunos era un defecto, fue mi brújula. Me enseñó que no se trata solo de sobrevivir, sino de preguntarse por qué sobrevivimos y para qué. En un mundo que parece diseñado para empujarnos hacia un solo camino, me atreví a buscar otro, incluso cuando el terreno era incierto y las miradas sobre mí eran de escepticismo. ¿Fue una locura? Tal vez. ¿Fue un acto de fe? Sin duda. Pero si algo aprendí es que el verdadero cambio no viene de la comodidad, sino de la incomodidad de cuestionar, de insistir en ser conchudo.

Yo, que comparto el mismo mal de los poetas malditos (aunque no su talento, ojalá fuera así), vivo como un monomaniaco. Me aferro a una obsesión que, al menos para mí, tiene sentido: la convicción de servir, de construir, de encontrar una realidad distinta para mi familia, para mi madre, para ese sobrino que comienza a dar destellos de un potencial inmenso. Él, que representa la chispa de algo nuevo, el símbolo de aquello por lo que vale la pena luchar ahora. En él veo la posibilidad de un cambio, una luz que desafía el peso del determinismo que tanto nos acecha.

Quizá, y solo quizá, ahí esté la respuesta a las cuestiones que me desvelan en estas confesiones. Quizá lo que define a cada uno de nosotros no es el entorno, sino la obstinación de elegir obsesiones distintas. Y vaya que yo he elegido las mías: obsesiones que me alejan del estancamiento, de las cadenas invisibles, de aquello que alguna vez trató de atraparme y que, por pura terquedad, no logró.

Siloé despierta: la fuerza de la marcha

Corría el año 2021. Los vestigios de la pandemia seguían vigentes, como una bruma persistente que se negaba a disiparse. Muchas dinámicas educativas y laborales continuaban en la virtualidad, ese terreno ambiguo al que el mundo se había adaptado a regañadientes. Las calles comenzaban a llenarse tímidamente, las puertas de los negocios se abrían con cautela, pero el regreso a la “normalidad” estaba cargado de desconfianza. La pandemia no solo había transformado las formas en que el mundo funcionaba, sino también la percepción misma de lo cotidiano. Era como si el suelo bajo nuestros pies se hubiera vuelto frágil, un piso social lleno de fisuras, propenso tanto al cambio como al colapso.

En medio de esa atmósfera de incertidumbre, se anunciaron varias protestas para abril, pero el preludio del estallido comenzó en Univalle. Aún tomábamos clases de manera remota,

pero en el campus se congregaban estudiantes para coordinar las movilizaciones programadas para el 28 de abril. Un descontento profundo se cernía sobre Colombia, alimentado por las protestas estudiantiles y laborales que, desde 2018 y 2019, habían encontrado un obstáculo en la pandemia. Ahora, ese malestar colectivo parecía alcanzar su punto de ebullición, intensificado por las políticas del gobierno de Iván Duque: la amenaza de reformas tributarias, a la salud y a las pensiones, además de un manejo deficiente de la crisis sanitaria.

El 27 de abril, Univalle fue invadida por agentes del ESMAD por órdenes de la gobernadora. La noticia se propagó rápidamente, acompañada de un sentimiento de zozobra que caló hondo. Nos pasábamos el mensaje de boca en boca, compartiendo con nerviosismo cada nuevo detalle de lo ocurrido. Sabíamos lo que significaba: cuando el ESMAD irrumpe en una universidad pública, no solo se violenta su autonomía; el historial dicta que inevitablemente siguen masacres, crímenes de Estado y desgracias. Esta vez no fue la excepción.

Como respuesta a este acto de represión, decidimos entrar en paro, una pausa cargada de tensiones y expectativas. Se determinaría si sería indefinido según cómo se desarrollarían las movilizaciones del 28 de abril a nivel nacional. Aquel día, la historia comenzó a escribirse de nuevo, con tinta de indignación y resistencia.

Esa mañana era fría, y una niebla se extendía como un velo sobre la ciudad, como si quisiera amortiguar lo que estaba por venir. No había planeado marchar, pero sí asistir a algunos de los plantones en la glorieta de Siloé, un hecho que me llenó de una grata sorpresa. Siloé, que tantas veces había sido reducido al silencio o a la apatía colectiva, parecía despertar. Nunca antes lo había visto tan participativo en una movilización. Las redes sociales no tardaron en reflejarlo: estados e historias inundaban las pantallas, y lo más sorprendente era ver a conocidos —personas

que jamás habría imaginado apoyando algo como una protesta— siendo parte activa de este momento.

Parecía que la ocasión había invocado una especie de catarsis colectiva, alimentada por un descontento que, durante demasiado tiempo, se había mantenido enterrado bajo miles de pretextos. Pero ese día de abril, ese frío que se mezclaba con la niebla y las expectativas, algo había cambiado. Ese descontento silenciado encontró la excusa perfecta para estallar, aunque nadie, podría imaginar el rumbo que tomaría.

Al finalizar la jornada, se registraron múltiples vejámenes, especialmente en el oriente de Cali, en una zona conocida como Puerto Rellena, que, a partir de entonces, adoptó un nuevo nombre: Puerto Resistencia. Ese cambio no fue solo simbólico, fue el grito de una comunidad que se rehusaba a ser ignorada. La indignación se esparció como fuego entre las brasas, reavivando los sentimientos de descontento que habían estado dormidos en muchos. Fue entonces cuando los protestantes dormidos despertaron, sumándose a la ocasión con una convicción renovada.

La resolución en Univalle fue clara: entrar en paro indefinido. Pero lo que comenzó como un llamado universitario trascendió las aulas y las calles del campus. Los barrios más notorios en esta protesta —Siloé, junto a los del oriente y el norte de la ciudad— se organizaron para convertir el cese de actividades en una realidad palpable. Ahora había un motivo, una causa que resonaba con fuerza: resistencia, dignidad y justicia.

Pese a que la ciudad estaba en paro y la atmósfera se sentía espesa, cargada con un olor agrio a zozobra, los días en Siloé parecían más cortos. Había horarios estrictos para entrar y salir, como si el tiempo mismo se hubiera sometido a la incertidumbre. Las pandillas, por extraño que

pareciera, habían declarado una tregua. Dejaron de lado sus rencillas y asumieron un nuevo papel: proteger a quienes asistían a las actividades culturales y plantones que comenzaban a llenar las calles. Por primera vez en mucho tiempo, Siloé empezó a visibilizarse más allá del estigma, mostrando un rostro que muchos desconocían, un rostro de resistencia y comunidad.

El tres de mayo, acepté una invitación a comer pizza. Era un pequeño festejo atrasado porque el día anterior había cumplido años. Mientras tanto, en otras partes de Cali, la indiferencia parecía encapsular a ciertos sectores. Como si la fiebre social que se desbordaba con tanta fuerza en el resto de la ciudad no tuviera cabida allí. Pero en mi casa, la preocupación era palpable. Mi mamá y mi hermano me escribieron con insistencia, advirtiéndome que la situación en Siloé se había salido de control. Desde el sector de La Nave ¹⁸ hasta la glorieta, las calles estaban inundadas de tanquetas del ESMAD. La masacre ya estaba en marcha

Les respondí que esperarí a que la situación se calmara antes de regresar. Pero alrededor de las 9 p.m., tomé la decisión de arriesgarme. El escenario que me recibió era desolador, como si la vida hubiera abandonado aquellas calles. Un frío lúgubre y espeso se aferraba al aire, enredándose en la piel y anudándose en la garganta. Cada paso era un eco de algo que no se veía, pero se sentía. Escombros por donde mirara: llantas quemadas, ventanas destrozadas, rastros de una batalla desigual. El silencio era ensordecedor, un silencio tan denso que en barrios populares no augura otra cosa que desgracias.

Al llegar a La Nave, para comenzar el ascenso, vi a un hombre solitario, el único osado en aquellas calles, caminando con su pequeño perro que lo seguía a trote corto. Detuve mi moto,

¹⁸ **La Nave** es un sector ubicado en la parte baja del barrio Siloé, en Cali, Colombia. Se caracteriza por ser un importante centro comercial local, albergando la Plaza de Mercado Siloé y la iglesia La Nave. Este sector se encuentra en la intersección de la Calle 1 Oeste y la Carrera 42.

el miedo clavándome los pies al suelo, mientras miraba a mi alrededor con cautela. El hombre me sorprendió al hablar, su voz firme pero impregnada de advertencia:

—Mijo, no vaya para allá —dijo, señalando hacia el sur, hacia la glorieta—, que están matando gente.

No necesitaba acercarme para saber que tenía razón. El aire estaba impregnado de algo indescriptible, algo que apretaba el pecho y nublaba la mente. La muerte no era una suposición; era una presencia palpable, envolviendo el lugar con una sombra implacable. Cada esquina, cada destello de luz sobre los escombros, parecía hablar de una represión que no conocía límites.

La tensión se tornó palpable desde entonces, como una nube densa que parecía ahogar cada esquina de Siloé. El barrio se vistió de luto; el peligro se respiraba en cada instante. Camionetas blancas y misteriosas rondaban los puntos donde la gente se reunía para protestar, para llorar a los jóvenes caídos en la masacre del 3 de mayo. Eran presencias espectrales que se deslizaban entre las sombras y, de repente, disparaban. Las versiones eran muchas: algunos decían que era la fuerza pública disfrazada de civiles; otros, que eran habitantes de los estratos altos, la gente bien, armados en un acto de paramilitarismo. Nadie sabía con certeza, pero todos sentían el filo de la represión más cerca que nunca.

Sin embargo, ni siquiera la violencia lograba silenciar a Siloé. Las protestas continuaban, los levantamientos se multiplicaban y las actividades culturales tomaban fuerza, como un grito que se niega a ser sofocado. Pero la represión tampoco cesaba. En los días siguientes, el ambiente se volvió más hostil. Se desató un desmán en el Dollarcity del sector, que fue incendiado. La fila de muertes y desaparecidos creció, alimentando rumores y teorías que se enredaban en la niebla de los días.

Se decía que un grupo de jóvenes se había refugiado en el Dollarcity, huyendo de los ataques de la fuerza pública, y que el fuego había sido un accidente en medio de las contiendas. Pero los cuerpos encontrados dentro del establecimiento contaban otra historia. Había marcas de disparos, señales que no eran compatibles con muertes por asfixia o quemaduras. Cada detalle sumaba más preguntas, más sospechas, pero ninguna respuesta.

La noche del 3 de mayo de 2021 se convirtió en una de las más trágicas en la memoria reciente de Siloé. Durante una velación en honor a las víctimas del paro nacional, la comunidad fue sorprendida por un operativo policial que dejó un saldo devastador: tres jóvenes muertos y 19 personas heridas de bala. La indignación, que ya ardía con fuerza, se intensificó como un incendio alimentado por el viento. Los habitantes denunciaron el uso desproporcionado de la fuerza, señalando a las autoridades como responsables de una masacre más en el historial de crímenes contra su comunidad.

En respuesta a estos hechos, surgió el Tribunal Popular de Siloé, un acto de resistencia y memoria. Fue una iniciativa de la sociedad civil para documentar y analizar las violaciones de derechos humanos ocurridas durante el estallido social. En un acto simbólico, el tribunal emitió una sentencia que responsabilizó al Estado colombiano por crímenes de lesa humanidad y destacó lo sucedido en Siloé como un ejemplo de genocidio continuado contra la juventud en Colombia.

Pero incluso con estas iniciativas, la justicia sigue siendo un eco distante. Dos años después, las investigaciones avanzan con una lentitud que sabe más a olvido que a resolución. Las familias de las víctimas continúan buscando respuestas, verdad, justicia. En medio de esta lucha, Siloé encontró formas de resistir: el Museo Popular de Siloé nació como un espacio para

preservar la memoria, para honrar a quienes ya no están y para mantener viva la dignidad de una comunidad que se niega a ser reducida al silencio.

Siloé es un reflejo de las complejidades de Colombia. Un lugar donde la lucha por la justicia y la dignidad no cesa, incluso cuando la historia parece estar escrita en tinta de exclusión y violencia. Aquí, entre los vestigios del dolor y las voces de resistencia, se gesta un relato que no puede ni debe ser olvidado.

En el barrio comenzaban a aparecer personas extrañas, figuras que parecían no pertenecer a las esquinas y calles que conocíamos. Un día, siendo las seis de la tarde, llegaba de trabajar, agotado y con la urgencia de salir a comprar lo básico mientras las cosas se calmaban. Salir de casa ya no era un acto simple; era todo un protocolo que implicaba reportarme a cada momento. Ese día, apenas entré, me dejé caer en la cama de mi mamá, buscando un respiro. Pero antes de que pudiéramos intercambiar palabras, el sonido seco de unos disparos y los gritos desgarradores rompieron el aire desde la esquina de la calle.

Mi mamá comenzó a llorar, nerviosa, temblando. Entre sollozos, repetía que, de haberme demorado unos instantes más, podría haber sido yo el que estuviera en medio de esa balacera. Su llanto tenía una mezcla de miedo y alivio, pero también algo más: la certeza de que, en el barrio, la muerte nunca estaba demasiado lejos.

Nos asomamos con cautela, y la escena era de un caos brutal. Gente corría loma abajo, cargando a dos heridos que apenas respiraban. La sangre dibujaba rastros que parecían gritar lo que las voces aún no podían articular. En medio del tumulto, distinguimos a mi primo Caliche, con la camisa manchada y el rostro desencajado. Según nos contó más tarde, todo comenzó como una tarde cualquiera. Estaba con otros muchachos que solían hacerse en la esquina para

fumar. Yo los había saludado de pasada cuando llegué.

De pronto, subieron dos tipos que nadie conocía. Los saludaron como quien finge cortesía antes de dar el zarpazo. Siguieron su camino, pero apenas unos metros más arriba, se devolvieron corriendo. Sin mediar palabra, comenzaron a disparar a quemarropa. Dos murieron al instante, y otro quedó herido. Caliche se salvó por puro instinto: al ver que uno de los hombres le apuntaba, se lanzó sobre él. Forcejearon en medio del horror, pero un charco de sangre lo hizo resbalar. Cayó al suelo, justo sobre el cuerpo inerte de uno de los asesinados. Esa caída, tan macabra como salvadora, lo protegió de las balas. Los tipos huyeron y nunca se supo quiénes eran ni por qué lo hicieron.

Cuando las cosas parecían haber encontrado una calma precaria, una suerte de normalidad que se tambaleaba como un hilo al borde del rompimiento, decidí buscar respuestas. Había en el aire una mezcla de silencio y rumores, de relatos a medias que intentaban dar forma al caos de aquellos días. Una tarde, me acerqué a Andrés, el barbero de una de las pequeñas barberías cerca de la glorieta donde ocurrieron los hechos. Su local, siempre lleno de risas y conversaciones banales, ahora parecía cargado de historias más densas, más oscuras. Con una mezcla de curiosidad y algo de cautela, le pregunté cómo había vivido las jornadas del estallido.

Andrés, siempre afable, no tardó en contarme lo que sabía. Según él, la barbería se había convertido en más que un lugar de cortes y afeitadas. Él y sus compañeros se turnaban para cuidar el establecimiento, pero también ofrecían refugio a los de la primera línea y a los heridos que buscaban un lugar donde guarecerse en medio de los enfrentamientos. Sus palabras dibujaban imágenes de una resistencia inesperada, de una solidaridad que surgía de la cotidianidad más simple. Allí, entre las sillas giratorias y los espejos empañados por el humo, se

gestaba una pequeña trinchera de humanidad en medio del caos.

Intrigado, decidí buscar otra voz, otra perspectiva. Caminé hasta el gimnasio cercano al sitio, un lugar que había sido testigo mudo de los eventos. Cuando le pregunté al dueño cómo había vivido los días del estallido, su respuesta me golpeó como un portazo.

—¿Usted es de izquierda? —preguntó con una mirada que mezclaba desconfianza y escrutinio.

Lo miré sorprendido, tratando de entender de dónde venía esa pregunta tan cargada. Le respondí con calma, explicándole que simpatizaba con ciertos ideales, pero que no era activista. Mi curiosidad no venía de una agenda oculta, sino de una genuina necesidad de comprender. Añadí, con algo de incredulidad, que no veía qué tenía que ver mi inclinación política con lo que le estaba preguntando. Pero su rostro no se suavizó.

—Es que no confío en los de izquierda —dijo con una franqueza que, más que abrir el diálogo, parecía cerrarlo.

A pesar de sus reservas, comenzó a hablar. Lo hacía con un tono aprensivo, casi justificándose con cada palabra. Me contó sobre la zozobra que él y el gremio de comerciantes habían vivido, sobre cómo sus patrimonios estaban constantemente amenazados. Pero lo que más llamó mi atención fue su insistencia en que las cosas no habían sucedido como se contaban. Según él, tenía fuentes en la policía que le aseguraban que los verdaderos responsables de los ataques a la primera línea no eran agentes del ESMAD, sino pandilleros que aprovechaban el desorden para ajustar cuentas o saquear negocios.

—Decían que esos tipos se mezclaban con la multitud. Por eso la policía tuvo que

intervenir —añadió con una voz que trataba de sonar convincente, pero que temblaba de inseguridad.

Me explicó que la presencia policial no era más que un intento de proteger a los civiles, y que en medio de los fuegos cruzados se habían visto obligados a tomar medidas. Según él, uno de los puntos más críticos había sido el CALI 20 (Centro de Administración Local Integrada-comuna 20), que los manifestantes intentaron tomar para liberar a los detenidos. En su versión, el incendio del Dollarcity no había sido más que un accidente: un refugio improvisado que terminó en tragedia. Los jóvenes encontrados muertos, afirmó, habían buscado escapar de los enfrentamientos, pero el humo y las llamas los habían alcanzado antes de poder salir.

Había en su voz un fervor que intentaba justificar todo, una postura que defendía la represión como una necesidad inevitable. Mientras hablaba, noté cómo su narrativa chocaba con otras que había escuchado, como piezas de un rompecabezas que no encajaban del todo. Él veía los eventos desde el prisma de su rol como comerciante, como alguien que había visto su sustento amenazado.

Christian, uno de los entrenadores del gimnasio, me hizo una seña, indicándome que me acercara. Su expresión era grave, pero había un destello de algo más en su mirada, algo que parecía pedir ser escuchado. Cuando estuve lo suficientemente cerca, me habló en voz baja, pero con un tono que no dejaba espacio para dudas:

—Parce, no le crea a ese man. Él justifica todo porque es un godo de mierda. Yo estuve ahí, vi todo de cerca. Muy seguramente él estaba seguro en su casa, solo se basa en lo que le dijo un policía.

Lo miré, algo desconcertado, pero antes de que pudiera preguntar, continuó. Sus palabras salían rápidas, cargadas de una intensidad que no intentaba ocultar.

—Vea, yo estaba en mi casa cuando de repente tocaron la puerta. Eran unos tipos con fusil. Eran del E.P... —hizo una pausa y, ante mi mirada interrogante, aclaró—: ¿De qué? Del E.P, bebé, del Ejército del Pueblo. Es una organización, podría decirse “guerrillera”, que rige a todos los jíbaros y surte a los expendios del barrio. Mejor dicho, a ellos es a quienes todos los “bandidos” les rinden cuentas.

Lo que decía me desconcertaba, pero su relato no daba tregua. Las palabras se encadenaban unas con otras, y en su tono había una mezcla de resignación y rabia.

—Llegaron a mi casa y me dijeron que sabían que yo había prestado servicio, que trabajé como escolta y en la empresa de seguridad ATLAS. Entonces, que necesitaban que me uniera a la causa, que ayudara a cuidar a la gente. Hasta me dieron un fusil calibre 38. Me dijeron que bajara a ciertas horas a la glorieta, para no dejar que la policía entrara.

Se detuvo un instante, como si lo que estaba a punto de decir pesara más que las palabras anteriores.

—Bebé, ellos fueron los que hicieron que las pandillas llegaran a la tregua. Lograron que no se atacaran entre sí, que cuidaran a la gente.

Su tono cambió, se tornó más sombrío.

—El día de la masacre fue cuando todo empeoró. Llegaron los del GOES, disparando indiscriminadamente, con fusiles de largo alcance, a los muchachos de La Primera Línea. Era

una locura. Se metían a las casas dizque buscando a los de la “Primera Línea”. Pero cuando lograban entrar, no solo los sacaban; se los llevaban. Muchos de esos muchachos, menores de edad, nunca volvieron. Al tiempo aparecían picados en los caños, como si fueran basura. A otros los encerraban en la estación del Lido, donde los torturaban y los golpeaban.

Su relato era un golpe tras otro. Cada palabra añadía una nueva capa de horror, una nueva dimensión a lo que yo creía conocer de aquella noche.

—Nosotros —añadió, refiriéndose a quienes protegían a los protestantes— encendíamos a bala a esas gonorreas, pero eran muchos y estaban bien armados. No les importaba nada. El barrio era un infierno, un laberinto sin salidas.

Cuando terminó de hablar, me quedé en silencio. Era como si su testimonio hubiera llenado el aire de algo pesado, algo que no se podía disipar. Sus palabras no solo describían un evento; lo traían de vuelta, con toda su crudeza, su violencia y su desesperanza. Y en su mirada, más allá del enojo, había algo que reconocí: una tristeza profunda, como si, al relatarlo, estuviera reviviendo no solo lo que pasó, sino lo que dejó de ser.

Muchos de los chicos masacrados estudiaron en el Eustaquio Palacios, mi colegio. Sus nombres ahora son ecos en las paredes de un barrio que no olvida. Recuerdo especialmente a uno de ellos, compañero de mi hermano, a quien varias veces ayudé en asesorías. Su rostro, siempre concentrado, aparece con frecuencia en mi memoria, como una fotografía que el tiempo no logra desvanecer. Pensar que en un acto de protesta, en un gesto de apoyo a su comunidad, le fue arrebatada la vida, duele de una manera que no sé describir. Es un dolor que no es solo mío, sino de todo un barrio que revive, con crudeza, lo sucedido hace tantas décadas con la toma del M-19.

Solo que esta vez no fueron grupos insurgentes los que alzaron su voz, sino la gente. Gente común, harta del peso de tantas décadas de represión silenciada, que encontró en el caos del estallido social la oportunidad de gritar, de reclamar lo que tantas veces les habían negado. La protesta fue un gesto valiente, pero también costoso. En la ocasión de antaño, Siloé quedó en medio de un enfrentamiento político; esta vez, el barrio despertó por sí mismo, y ese despertar tuvo un precio. La represión no tardó en llegar, implacable, pero ni siquiera eso pudo detener lo que ya estaba en marcha. Era como si una fiebre misteriosa se hubiera apoderado de cada calle, de cada loma, contagiando a todos con un sentido de pertenencia que parecía nuevo, pero que en realidad siempre había estado ahí, dormido.

Desde entonces, Siloé se ha convertido en un foco de atención. Un lugar que despierta curiosidad, que invita a ser conocido. Ahora, todos quieren subir sus lomas, recorrer sus senderos, escuchar su historia. El turismo llegó a este rincón marginado de Cali, y con él, nuevas oportunidades. Los emprendedores emergieron como flores en medio del asfalto. El barrio, siempre resiliente, encontró formas de reescribirse, de mostrarle al mundo que no es solo un lugar de violencia, sino también de esperanza.

Incluso las pandillas, esas que por años marcaron fronteras invisibles y teñían las noches de peligro, parecen haber encontrado una tregua. Siguen operando, claro está, pero mientras una no le pise la manguera a la otra, se mantiene una relativa y costosa tranquilidad. Es un equilibrio frágil, pero que permite respirar, aunque sea un poco, aunque sea por ahora.

Recuerdo una frase de un profesor que, curiosamente, parece describir esta realidad. Decía: “Cali es una gran ciudad compuesta por pequeñas “Calis”. Y creo que lo mismo puede decirse de Siloé. Es un gran barrio compuesto por varios “Siloés”, cada uno con su historia, sus

matices, sus heridas y sus formas de sanar. En otros tiempos, esa estructuración de pequeños Siloés era cada vez más fuerte, como una fractura imposible de reparar. Pero hoy, puedo decir con orgullo que esas divisiones están desapareciendo. Siloé está encontrando su voz, y con ella, su unidad. Ya no son muchos Siloés; cada vez más, es uno solo. Y ese Siloé único, completo, es lo que hace que este lugar, con todo su dolor y su lucha, sea también un símbolo de resistencia y esperanza.

Reverencia a Siloé

Siloé, en sus encumbrados parajes, guarda historias ambulantes. En sus marginadas calles han vivido leyendas urbanas que se entretejen con los murmullos del barrio. Siloé ha tenido sus propios Riveritas¹⁹ y sus propias Jovitas²⁰, como Uriel, al que todos llamaban Culo e tabla.

Un mendigo envuelto en harapos, pero del que se decía que tenía mucho dinero ahorrado tras años de mendicidad. Con exacerbada avaricia, apenas gastaba lo poco que obtenía. En otra vida, contaban, fue un reconocido bailarín que, víctima de un maleficio hecho por una mujer despechada, dejó de vestirse “titino” para cubrirse de mugre. Solo se bañaba cada 31 de diciembre, buscando que alguna pareja de baile no lo rechazara por el hedor.

En muchas ocasiones le hablé, y nunca percibí un ápice de demencia en él. Su lucidez era sorprendente, pese al aspecto que sugería locura. Hace unos años murió Uriel, “el mendigo más

¹⁹ **Riverita:** Icónico peluquero del barrio San Nicolás en Cali, célebre en las décadas de 1950 y 1960 por sus historias fantásticas, que lo convirtieron en un símbolo del folclore caleño. Su barbería, ubicada diagonal al Teatro Sucre, era un punto de encuentro cultural y social.

²⁰ **Jovita Feijóo** (1910-1970), conocida como la "Reina eterna de Cali", fue un personaje emblemático de la cultura caleña. Nacida en Palmira, destacó por su carisma y estilo único, desfilando por las calles de Cali con atuendos llamativos y coronas, proclamándose reina y ganándose el cariño popular. Su legado vive como símbolo de la identidad caleña y es homenajeado en eventos culturales.

rico.” Su muerte fue tan misteriosa como su vida, y su controversia, como toda leyenda, fue rápidamente sepultada por el olvido.

Otra de las leyendas de Siloé fue doña Chon, la mujer más longeva del barrio. Nunca se supo su edad exacta, pero se aseguraba que superaba los 100 años. Rosa, su hija —una “comunicadora empedernida”—, se encargaba de alimentar el misterio con historias. Decía que era hija de Adolfo Aristizábal, el supuesto Monstruo de los mangones, porque doña Chon trabajó en su mansión como empleada doméstica. En otras ocasiones, Rosa afirmaba que fue la nana de Farid Mondragón, el exfutbolista.

Lo cierto es que todos en el barrio acudían a ella para curar el mal de ojo o recibir su bendición. Su figura encorvada, su mirada sabia y sus palabras pausadas la convirtieron en un ícono de Siloé.

Aunque muchos prefieren huir del “pesebrito” para buscar progreso lejos de tanta barbarie, hay quienes se quedan porque aún sueñan. Sueñan con un Siloé que sea refugio, como antaño. Un Siloé sin fronteras invisibles, donde los niños puedan jugar libremente hasta la madrugada, como lo hacían nuestros padres.

Sueñan con que haya más Plásticos preocupados por cortejar muchachitas y no por defender un pedazo con balas y muerte. Sueñan con que nazcan más “Marinos” y “Liseths,” que desafíen la marginalidad y traigan progreso y orgullo al barrio. Sueñan con que los consejos y la comunicación reemplacen al rejo y la alcahuetería.

Sueñan con una vida tan larga como la de doña Chon y con ahorros tan abundantes como los de Culo e tabla, pero sin avaricia.

Siloé es una manzana azul. Una manzana que es necesario probar, para dejar de ver el verde y descubrir el azul.

Referencias

Boas, F. (1940). *Race, Language, and Culture*. Macmillan.

Bolaños Martínez, Y., y Bravo, O. (2018). Proceso de construcción de liderazgos en la comuna de Siloé. *Revista Teoría y Crítica de la Psicología*, 11, 164–182.

Cabra Hernández, A. (junio, 20, 2021). Siloé, el histórico drama social que vive la ladera. *El País Cali*. <https://www.elpais.com.co/cali/siloe-el-historico-drama-social-que-vive-la-ladera.html>

Caldono Ávila, C. A., Echeverry Gaviria, P. A., & Pacheco Espinosa, D. M. (2014). *Siloé no es como lo pintan: Estudio sobre los imaginarios y la participación que han construido los(as) beneficiarios(as) al interior del programa “Siloé visible” de la ciudad de Cali* (Trabajo de grado). Universidad del Valle, Cali, Colombia.

CINEP/PPP. (2022). *Tribunal Popular de Siloé: Sentencia y análisis de los hechos ocurridos durante el Paro Nacional 2021*. <https://www.cinep.org.co>

Diario El País. (s. f.). Jovita, Riverita y Yotecuro vuelven al viejo otro infaltable de la Feria. <https://www.elpais.com.co>

Domínguez, M. (2003). La Playboy: La participación de hombres y mujeres en una pandilla juvenil de Siloé, Cali. *Revista Sociedad y Economía*, 5, 85–104.

Donneys Bastidas, E., y Pérez Donneys, S. N. (2020). La toma militar en Siloé: Memoria colectiva e identidad política. *Trans-Pasando Fronteras*, 15, 87–112.

<https://doi.org/10.18046/retf.i15.2758>

- Hernández, I. (2020). *¡Siloco! Vínculos sociales entre habitantes del barrio Siloé con los locos que allí viven* (Trabajo de grado). Universidad del Valle, Cali, Colombia.
- Lotman, Y. (1996). Acerca de la semiosfera. En *La semiosfera: Semiótica de la cultura y del texto* (pp. 10–25). Ediciones Cátedra.
- Lotman, Y. (1998). Cerebro - texto - cultura - inteligencia artificial. En *La semiosfera II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio* (pp. 5–15). Ediciones Cátedra, Universitat de València.,
- Marx, K. & Engels, F (1974). *La Ideología Alemana en Obras Escogidas*. Tomo I. Editorial Progreso
- Mauron, C. (1962). *De las metáforas obsesivas al mito personal*. París: José Corti.
- Moncada Galvis, C., y Mejía, C. A. (2004). La creatividad como estrategia de intervención educativa en los conflictos escolares: El caso del Centro de Desarrollo Comunitario de Siloé. *Revista Guillermo de Ockham*, 2(2), 187–201.
- Mosquera, A. (2009). La semiótica de Lotman como teoría del conocimiento. *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, 6(3), 63–78.
- Patiño, O. Grabe, V. y García-Durán, M. (2009). El camino del M-19 de la lucha armada a la democracia: una búsqueda de cómo hacer política en sintonía con el país. En M. García-Durán. *De la insurgencia a la democracia* (pp. 43-106). Centro de Investigación y

Educación Popular (Cinep).

Sumner, W. G. (1906). *Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals*. Ginn and Co.

Valen. (1973). *Manzanas Azules* [Canción].